

John Reed

Hija de la Revolución



Título: Hija de la Revolución

Portada y diseño de colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, septiembre de 2007

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

Realización gráfica

Monti

Impresión

RGM

I.S.B.N.

978-84-8136-495-8

Depósito legal

BI-2.663-07

 Txalaparta

HIJA DE LA REVOLUCIÓN¹

Aquella noche caía una de esas lluvias de París que no parecen mojar como las demás. Sentados en la terraza de la Ronda, en la mesa de la esquina —era una noche templada a pesar de estar en noviembre—, nos encontrábamos Fred, Marcela y yo saboreando un *Dubonnet*. A causa de la guerra todos los cafés cerraban a las ocho en punto, y nosotros solíamos permanecer allí todas las noches hasta esa hora.

Cerca de nosotros se encontraba un joven oficial francés con la cabeza vendada y el brazo cómodamente apoyado en el hombro de Juana. Beatriz y Alicia estaban un poco más lejos, bajo el resplandor de las luces. Detrás de nosotros podíamos espiar por un resquicio de la cortina de la ventana y contemplar en el interior lleno de humo un bullicioso grupo de hombres prensados entre muchachas que golpeaban las mesas y cantaban, dos viejos franceses jugando tranquilamente al ajedrez, un absorto estudiante que escribía una carta a su familia con la cabeza de su amiga apoyada en su hombro, cinco desconocidos y un mozo que escuchaba con la boca abierta las historias que le contaba un soldado lleno de barro, de regreso del frente.

1- *Daughter of the Revolution*.

La luz amarillenta nos inundaba y salpicaba de oro el reluciente y negro pavimento. A nuestro lado la gente pasaba en fluir incesante con el paraguas abierto. Un viejecillo andrajoso escarbaba furtivamente bajo nuestros pies en busca de colillas. En la calzada, el roce de los pies de los hombres que desfilaban pasaba inadvertido para nuestros oídos ya acostumbrados, y oblicuas y chorreantes bayonetas atravesaban un haz de luz a lo largo del boulevard Montparnasse.

Aquel año todas las muchachas de la Rotonde vestían igual. Llevaban sombreritos redondos, el pelo corto, mucho escote y largas capas que les llegaban hasta los pies, embozadas a la española. Marcela era el prototipo de las demás. Tenía los labios pintados de color escarlata, las mejillas terriblemente blancas y decía obscenidades cuando no asumía una actitud de dignidad y se ponía sentimental. Acababa de obsequiarnos a los dos con la historia de su opulenta y respetabilísima familia, de su trágica seducción por un duque, y de su virtud innata, habiéndonos advertido orgullosamente que ella no era una prostituta vulgar..

En aquel preciso instante estaba intercalando rápidamente sabrosos comentarios sobre lo que pasaba por delante de sus ojos en medio de sus peticiones de dinero; todo eso con su vocecita endurecida, y yo pensaba en mi fuero interno que la conocíamos ya hasta lo más recóndito. Sus comentarios acerca de las cosas y las personas eran mordaces, enérgicos, originales, pero palidecían al cabo de un rato. Únicamente perduraba un poco más su actitud despreocupada y su descarado amor a la vida. Marcela estaba manchada ya por excesivos manoseos...

Oímos un violento altercado y una muchacha alta, vestida con un suéter de color naranja chillón, salió del café seguida de un camarero que gesticulaba y gritaba:

—¡Págame los ocho anisetes que has pedido, *nom de Dieu!*

—¡Ya te he dicho que te pagaré! —gritó ella por encima del hombro— Voy al Dôme a buscar dinero.

Y echó a correr a través de la calle mojada. El camarero se quedó mirándola, haciendo sonar malhumoradamente las monedas en el bolsillo.

—No te molestes en esperar —le gritó Marcela—. Dôme tiene otra puerta por la calle Delambre.

Pero el camarero no hizo caso: ya había abonado el gasto en la caja. A decir verdad, la muchacha no volvió a aparecer.

—Ése es un viejo truco —nos dijo Marcela—. Es fácil hacerse servir un trago cuando no se tiene dinero, porque los camareros no se atreven a decirle a una que pague por anticipado. Conviene saber estas cosas en estos tiempo de guerra, en que los hombres escasean y andan mal de dinero...

—Pero, ¿y el camarero? —dijo Fred— ¡Él tiene que ganarse la vida!

Marcela se encogió de hombros.

—Y nosotras también —contestó.

Al cabo de un rato agregó:

—En el barrio había hace poco una *belle type* que se, llamaba María. Tenía un pelo magnífico, *épatante*, y le gustaba viajar... Una vez se encontró a bordo de un barco, en el Mediterráneo, con rumbo a Egipto sin un centavo, sin otra cosa que la ropa que llevaba puesta. Cuando estaba apoyada en la barandilla pasó un señor y le dijo «Tiene usted un pelo maravilloso, señorita». Y ella le contestó: «Se lo vendo por cien francos». Y dicho y hecho, se cortó su hermosísima cabellera y se marchó a El Cairo donde conoció a un lord inglés...

El camarero dejó escapar un gran suspiro, meneó la cabeza tristemente y se metió en el café. Nosotros guardamos silencio y pensamos en la cena. Seguía lloviendo.

No sé cómo fue, pero el caso es que Fred se puso a silbar distraídamente la Carmañola. Yo no me hubiera dado cuenta a no ser porque oí una voz que llevaba el compás, y al mirar en torno vi al oficial francés herido, cuyo brazo se había descolgado lánguidamente del hombro de Juana, mirando absorto a través de la calle y tarareando la Carmañola. ¡Qué visiones tendría aquel joven de delicado semblante vestido con el uniforme del ejército de su país al entonar la canción de la

rebeldía! Cuando advirtió que le estaba mirando, se paró en seco, pareció volver en sí y se estremeció. Vivamente se puso en pie, llevándose consigo a Juana.

Al mismo tiempo, Marcela le oprimió rudamente el brazo a Fred.

—Eso está prohibido. Vas a dar lugar a que nos metan a todos en cana —exclamó con una expresión en los ojos que revelaba algo más que temor, lo que suscitó mi interés—. Y además, no cantes esas asquerosas canciones. Son revolucionarias. Las cantan los vagabundos, los pobres, los descamisados...

—Entonces, ¿tú no eres revolucionaria? —pregunté yo.

—¿Yo? ¡De ninguna manera! ¡Te lo juro! —contestó ella sacudiendo la cabeza apasionadamente— ¡Esos malvados, esos granujas que quieren trastornarlo todo!... —agregó Marcela estremeciéndose.

—Escucha, Marcela. ¿Eres feliz en este mundo tal como está constituido? ¿Qué es lo que hace por ti salvo arrojarte a la calle para que te vendas? —Fred se había dejado arrastrar por su celo de propagandista— Cuando llegue el día rojo yo sé de qué lado de las barricadas voy a estar...

Marcela se echó a reír. Era la suya una risa amarga, era la primera vez que la veía olvidándose de sí misma.

—¡Déjame en paz, querido! —lo interrumpió bruscamente— ¡Conozco esas historias! Las he oído desde que era así de pequeñita... Las conozco.

Y deteniéndose, se echó a reír como para sus adentros. Luego agregó:

—Mi abuelo fue fusilado contra un muro del Père Lachaise por llevar una bandera roja en la Comuna.

Marcela se estremeció, nos miró con expresión avergonzada e hizo un mohín.

—Como véis, desciendo de una familia miserable...

—¿Es verdad eso de tu abuelo? —gritó Fred.

—¡Deja en paz a mi abuelo! —dijo Marcela con displicencia— ¡Déjalo que descanse en su tumba el viejo chiflado y as-

queroso! Nunca he hablado de él y no pienso encender una vela por su alma...

Fred le tomó la mano: estaba entusiasmado.

—¡Tu abuelo fue un gran hombre!

Con la sagacidad de su profesión, Marcela adivinó que por algún motivo misterioso había agradado y, a modo de respuesta, se puso a cantar en voz baja las últimas palabras de *La Internacional*:

—¡En la lucha final! —coqueteó Marcela con Fred.

—Cuéntanos algo de tu abuelo —dije yo.

—No hay nada más que contar —repuso Marcela entre avergonzada y complacida y con innegable ironía—. Era un hombre salvaje, salido Dios sabe de dónde. No tenía padre ni madre. Era albañil y decían que era un buen obrero. Pero perdía el tiempo en leer libros y siempre estaba en huelga. Era un salvaje, y siempre andaba gritando «¡Abajo el gobierno y los ricos!». La gente lo llamaba «la Fiera». Recuerdo que mi padre me contó que los soldados habían ido a buscarle a casa para fusilarlo. Mi padre era entonces un chico de catorce años y había escondido a mi abuelo debajo del colchón de la cama. Pero los soldados clavaron las bayonetas en el colchón, y una de ellas le atravesó el hombro por lo que vieron la sangre. Luego mi abuelo les pronunció un discurso a los soldados (siempre estaba pronunciando discursos) y les pidió que no aniquilaran a la Comuna... Pero ellos no hicieron más que reírse de él...

Y Marcela se echó a reír, porque la cosa era divertida.

—Pero mi padre —prosiguió— ¡Diablos! ¡Era todavía peor! Me acuerdo de la gran huelga de las fábricas Creusot... Esperen un momento... Sí, era el año de la Gran Exposición. Mi padre ayudó a organizar aquella huelga. Mi hermano era entonces un niño, sólo tenía ocho años y ya trabajaba, como todos los hijos de los pobres. Y en la manifestación de los huelguistas mi padre oyó de pronto una vocecita que lo llamaba a través de la gente: era mi hermanito que marchaba con una bandera roja como uno de los camaradas. «¡Eh, viejo! —le gritó a mi padre— ¡Ça ira!» En aquella huelga mataron

a muchos obreros –agregó Marcela meneando la cabeza rencorosamente –. ¡Uf! ¡Qué gentuza!

Fred y yo nos estremecimos observando que nos habíamos quedado helados por no cambiar de postura. Golpeamos en la ventana y pedimos coñac.

—Y ahora ya saben bastante de mi miserable familia –dijo Marcela fingiendo frivolidad.

—Sigue –dijo Fred con voz ronca y ojos centelleantes.

—Pero me llevarán a cenar, *n'est-ce pas?* –insinuó Marcela. Yo asentí con la cabeza– ¡Ah! No era así como cenaba mi padre –prosiguió haciendo un mohín–. Después de la muerte de mi abuelo, el viejo no encontraba nunca trabajo. Se moría de hambre y andaba de casa en casa pidiendo comida. Las mujeres de los camaradas de mi abuelo le daban con la puerta en las narices diciendo: «¡No le den nada al bribón! ¡Es el hijo de “la Fiera”, el que fusilaron!». Y mi padre andaba por las mesas de los cafés como un perro recogiendo mendrugos para poder ir tirando. Esto me ha enseñado a mí mucho –dijo Marcela sacudiendo su melena–. Hay que estar siempre en buenas relaciones con los que lo alimentan a uno. Por eso yo no le robo al camarero como ha hecho esa muchacha, de antes, y le digo a todo el mundo que mi familia era respetable. De lo contrario, podrían hacerme pagar los pecados de mi padre como le hicieron pagar a él los del suyo.

Sus palabras me iluminaron y una vez más encontré justificada la inexplicable bajeza de la humanidad. Allí estaba la clave de Marcela, de su debilidad, de su vileza. No era el vicio lo que la había deformado, sino la intolerable degradación del espíritu humano llevada a efecto por los amos de la tierra, el terrible castigo impuesto a los que están sedientos de libertad.

—Recuerdo –prosiguió ella– que después de terminada la huelga de los fábricas Creusot, los patrones despidieron a los obreros agitadores. Era invierno y pasamos muchas semanas sólo con la leña que mi madre buscaba en el campo para hacer fuego y un poco de pan y de café que nos dio el sindicato. Yo tenía sólo cuatro años. Mi padre decidió que nos fué-

ramos a París y emprendimos el camino... a pie. A mí me llevaba subida en un hombro y en el otro llevaba un paquete de ropa. Mi madre llevaba otro; pero ya estaba tuberculosa y tenía que parar a cada hora para descansar. Mi hermano venía detrás... Caminábamos a lo largo de la blanca y recta carretera cubierta de nieve, entre los álamos altos y desnudos. Dos días y una noche... Cuando anochecía nos acurrucábamos en la cabaña abandonada de algún peón caminero, y mi madre no cesaba de toser. Luego, antes de que saliera el sol, volvíamos a emprender la marcha, pisoteando la nieve, mientras mi padre y mi hermano lanzaban gritos revolucionarios y cantaban:

*Dansons la Carmagnole!
Vive le son, vive le son!
Dansons la Carmagnole!
Vive le son du canon!*²

Marcela había alzado la voz inconscientemente al cantar la canción prohibida. Sus mejillas habían enrojecido, sus ojos relampagueaban y sus pies golpeaban el suelo. De pronto se detuvo y miró medrosamente en derredor. Pero nadie se había dado cuenta.

—Mi hermano tenía una vocecita aguda de muchacha y mi padre solía soltar la carcajada al ver a su hijo caminando enérgicamente a su lado y lanzando al aire las canciones de odio como un viejo huelguista. «¡Adelante, pequeño vagabundo! ¡Apuesto a que la policía tendrá que vérselas contigo algún día!», le decía mi padre, dándole palmaditas en la espalda. Esto hacía palidecer a mi madre, y a veces se deslizaba por la noche de la cama y se acercaba al rincón donde dormía mi hermano para despertarlo y decirle entre sollozos que debía procurar ser un hombre de bien. Una vez mi padre

2- Bailemos la Carmañola / Viva ese son, viva ese son / Bailemos la Carmañola / ¡Que viva el son del cañón!

se despertó y la sorprendió... Pero esto fue más tarde, en París... Por el camino los dos cantaban.

*Debout frères de misère!
Ne voulons plus de frontières;
Pour égorger la bourgeoisie,
Et supprimer la tyrannie
Il faut avoir du coeur, Et de l'énergie!*³

—Y luego mi padre miraba de frente con ojos centelleantes, avanzaba como un ejército. Cada vez que sus ojos centelleaban así, mi madre se echaba a temblar, porque aquello significaba siempre alguna pelea terrible y temeraria con la policía o una huelga sangrienta, y ella temía por él... Yo me explico lo que mi madre sentía porque ella era respetuosa de las leyes como yo, y mi padre no era nada bueno.

Marcela se estremeció y se bebió el coñac de un trago.

—Yo no empecé a darme cuenta de las cosas hasta que estuvimos en París —prosiguió—, porque entonces fue cuando empecé a desarrollarme. Lo primero de que me acuerdo es de cuando mi padre dirigió la huelga de la casa Thirion, el almacén de carbones de la avenida del Maine, y volvió a casa con un brazo roto por la policía. Después de esto tuvimos trabajo y huelga, trabajo y huelga, con poco que comer en casa y con mi madre quedándose cada vez más débil, hasta que se murió. Mi padre volvió a casarse con una mujer religiosa que acabó por dedicarse a la Iglesia, adonde iba sin cesar a rezar por el alma inmortal de él... porque sabía lo ferrozmente que mi padre odiaba a Dios. Todas las semanas, después de la asamblea del sindicato, mi padre volvía a casa por la noche con los ojos centelleantes como estrellas gritando blasfemias por la calle. Era un hombre terrible. Siempre se ponía a la cabeza de los demás. Recuerdo una vez que sa-

3- ¡En pie, hermanos de miseria! / ¡Abajo todas las fronteras! / ¡Aniquilemos a la burguesía / y acabemos con la tiranía / a fuerza de valor / y a fuerza de energía!

lió para asistir a una manifestación en Montmartre. Era delante del Sagrado Corazón, el gran templo blanco que desde lo alto del cerro domina todo París. ¿Conocen la estatua del caballero de la Barre que hay un poco más abajo? Es la de un joven de los tiempos antiguos que no quiso saludar a una procesión religiosa. Un cura le rompió el brazo con la cruz que llevaba, y después fue quemado vivo por la Inquisición. En la estatua aparece encadenado con el brazo colgando inerte a uno de sus costados y la cabeza erguida con orgullo. Pues bien, los obreros iban a celebrar una manifestación contra la Iglesia o algo por el estilo, no lo sé bien. Pronunciaron discursos. Mi padre se encontraba de pie en la escalinata de la iglesia cuando de pronto apareció el cura. Entonces, con voz estentórea, mi padre exclamó: «¡Abajo los curas! ¡Los cerdos lo quemaron vivo! —y señaló a la estatua—. ¡A la horca con él! ¡Vamos a colgarlo!». Todos se pusieron a gritar y empezaron a subir la escalinata; pero la policía los atacó revolver en mano... En fin, aquella noche mi padre llegó a casa todo cubierto de sangre y sin poder apenas moverse. Mi madrastra lo encontró en la puerta y le dijo muy enojada: «¿Qué? ¿Dónde has estado, calamidad?». «¡Pues, en una manifestación!», gruñó él. «¡Te está bien! Así escarmentarás», dijo ella. «¿Escarmentar? —gritó él echando sangre por la desdentada boca— ¡Hasta la próxima vez! ¡Ça ira!» Y, efectivamente, cuando guillotinaron a Leboeuf, los coraceros cargaron contra los socialistas, y aquel día llevaron a mi padre con la cabeza abierta de un sablazo.

Marcela se inclinó con un cigarro en la boca para encenderlo con el de Fred.

—Lo llamaban Poissot, *el Rompecabezas*, y era un hombre duro... ¡Cómo odiaba al gobierno!... Una vez llegué a casa del colegio y le dije que nos habían enseñado a cantar la *Marsellesa*. «Si te sorprende cantando aquí ese maldito himno de los traidores —me dijo cerrando el puño— te aplasto la cara».

Yo me imaginé a este viejo y rudo luchador, señalado por las cicatrices de un centenar de peleas innobles e inútiles con

la policía, regresando a su casa a través de sórdidas callejuelas después de las reuniones de su sindicato, con el cerebro enardecido por visiones de una humanidad regenerada.

—¿Y tu hermano? —preguntó Fred.

—¡Oh! Todavía era peor que mi padre —dijo Marcela riendo. A mi padre se le podía hablar de muchas cosas, pero hay cosas de las que a mi hermano no se le puede hablar. Ya de muchacho se conducía terriblemente. Solía decirme: «Después del colegio ven a buscarme a tal iglesia, que quiero rezar». Yo me reunía con él en la escalinata y entrábamos juntos y nos arrodillábamos. Y cuando yo estaba rezando, él se levantaba de pronto de un brinco y echaba a correr por toda la iglesia dando gritos, tirando las sillas a puntapiés y destrozando las velas encendidas en los altares... Y siempre que veía un cura por la calle echaba a andar detrás de él gritando: «¡Abajo las sotanas! ¡Abajo las sotanas!». Lo detuvieron más de veinte veces y hasta lo metieron en un reformatorio; pero él se escapaba siempre. A los quince años se marchó de casa y estuvo un año sin aparecer. Un día entró en la cocina donde estábamos desayunando todos. «Buenos días —dijo como si no se hubiera marchado—. Está fría la mañana, ¿verdad?». Mi madrastra se puso a chillar, pero él prosiguió: «He salido a ver el mundo. He vuelto porque no tenía dinero y estaba hambriento». Mi padre no lo reprendió y dejó que se quedara en casa. Durante el día mi hermano andaba dando vueltas por el café de la esquina y no volvía a casa hasta después de medianoche. Una mañana desapareció otra vez sin decir una palabra a nadie. A los tres meses estaba de vuelta medio muerto de hambre. Mi madrastra le dijo a mi padre que debía obligar al muchacho a trabajar, que ya era bastante con tener en la casa un hombre holgazán y sin ley. Pero mi padre no hizo más que echarse a reír. «¡Déjalo en paz! —dijo—. Él sabe lo que hace. Tiene sangre de luchador». Mi hermano siguió marchándose y volviendo así hasta cerca de los dieciocho años. En los últimos tiempos, antes que sentara la cabeza en París, solía trabajar casi siempre hasta que reunía suficiente dinero para marcharse. Al fin encontró una colocación

segura en una fábrica de aquí y se casó... Tenía una voz magnífica y dejaba pasmada a la gente cuando se ponía a cantar himnos revolucionarios. Por la noche, después de concluido su trabajo, solía atarse al cuello un gran pañuelo rojo y se marchaba a un music-hall o al cabaret. Entraba, y cuando algún cantante estaba actuando en el escenario, levantaba de pronto la voz y se ponía a cantar el *Ça ira* o la *Internacional*. El cantante del escenario se veía obligado a callarse y todo el público se volvía a mirar a mi hermano, que estaba en las últimas localidades del teatro. Cuando terminaba gritaba: «¿Qué les ha parecido eso?» y la gente lo vitoreaba y aplaudía. Luego exclamaba: «Vamos a gritar todos: ¡Abajo los capitalistas! ¡Abajo la policía! ¡A la horca con los guardias!». Entonces se oían algunos gritos y algunos silbidos. «¿Quién es el que me ha silbado? –gritaba– En la puerta espero al que se haya atrevido a silbarme». Y después se peleaba en la calle con diez o quince hombres en una reyerta furiosa hasta que llegaba la policía... También él andaba siempre organizando huelgas; pero tenía una manera de ser alegre y simpática que hacía que todos sus compañeros lo adoraran... Hubiera seguramente llegado a diputado si mi padre no lo hubiera enseñado a burlarse de la ley desde pequeño...

—¿Dónde está ahora? –preguntó Fred.

—Allá, en las trincheras –dijo ella agitando vagamente el brazo hacia el oriente–. Tuvo que marcharse con los demás cuando estalló la guerra, aunque odiaba al ejército a más no poder. Cuando hizo el servicio militar fue una cosa terrible. Nunca quería obedecer. Se pasó cerca de un año encerrado. Una vez se propuso que lo ascendieran y en un mes lo hicieron cabo, porque era muy inteligente... Pero el primer día se negó a mandar a los soldados de su escuadra. «¿Por qué he de dar órdenes yo a estos camaradas? –gritó– Se me ordena que los mande cavar trincheras. Y vamos a ver, ¿es que son esclavos?». Le quitaron los galones inmediatamente. Mi hermano organizó una sublevación y aconsejó a los soldados que mataran a sus oficiales... Hasta los mismos soldados se ofendieron tanto, que lo tiraron por encima de un muro. ¡Y

cómo odiaba la guerra! Cuando apenas fue aprobada en el Congreso la ley de los tres años de servicio militar él fue quien condujo a la muchedumbre hacia el palacio Bourbon... Y ahora ha tenido que ir a matar a los *boches* lo mismo que los demás. Puede que haya muerto. No lo sé. No he tenido noticias tuyas... Tiene un hijito de cinco años —agregó Marcela intempestivamente.

Tres generaciones de sangre libre y embravecida luchando infatigablemente por un turbio sueño de libertad. ¡Y ahora una cuarta en la cuna! ¿Sabían por qué luchaban? No importaba. Se trataba de algo más profundo que la razón, de un instinto del espíritu humano que ni la fuerza ni la discusión podrían desarraigar nunca.

—¿Y tú, Marcela? —pregunté yo.

—¿Yo? —dijo ella riendo— ¿Quieres que te diga que no he sido seducida por un duque? —agregó con una risita amarga— En ese caso, dejarías de estimarme, porque he observado que ustedes, los amigos de paso, quieren que les den el placer sazonado con un poco de aventura. Sin embargo, es verdad. Mi caso no ha sido nada romántico. En la estrechez de nuestra vida yo soñaba siempre con el placer y la felicidad. Anhelaba siempre reír, estar alegre, desde niña. Solía imaginarme bebiendo champán y yendo al teatro, y quería joyas, buenos vestidos y automóviles. Desde muy temprano, mi padre observó que mis gustos seguían este camino, y me dijo: «Veo que tú quieres echarlo todo por la borda y venderte a los ricos; pero tienes que saber que a la primera falta que cometes te echaré y no volveré a llamarte hija mía». En mi casa se me hizo la vida intolerable. Mi padre no perdonaba a las mujeres que tenían relaciones con un hombre sin haberse casado. No hacía más que decir que yo estaba en el camino del pecado. Cuando fui un poco mayor no me dejaron salir de casa sin ir acompañada de mi madrastra. En cuanto tuve la edad suficiente, mi padre se apresuró a buscarme un marido para salvarme. Un día llegó a casa y me dijo que había encontrado uno. Era un muchacho pálido y derrengado, hijo del dueño de un restaurante de la misma calle. Yo lo conocía. No

era malo, pero yo no podía hacerme a la idea de casarme. ¡Quería ser libre!

Fred y yo nos estremecimos. «¡Libre!». ¿No era por esto mismo por lo que el viejo habla luchado tan duramente?

—Así que aquella noche —prosiguió ella— me levanté de la cama y me puse el vestido de los domingos y el traje de diario encima y me fugué. Pasé toda la noche y todo el día siguiente dando vueltas por las calles. Al atardecer me fui temblando a la fábrica donde trabajaba mi hermano y esperé a que saliera. No sabía si me entregaría o no a mi padre. Pero no tardó en presentarse gritando y cantando con algunos camaradas. Enseguida me divisó. «¡Hola, criatura! —me dijo tomándome del brazo— ¿Qué te trae por aquí? ¿Ocurre algo?». Yo le dije que me había fugado de casa. Él se enderezó y se quedó mirándome: «Tú no has comido —dijo—. Ven a mi casa y conocerás a mi mujer. Verás cómo te agrada. Cenaremos todos juntos». Así lo hice. Su mujer era maravillosa. Me recibió con los brazos abiertos, y los dos me enseñaron al niño, que sólo tenía un mes... ¡Y qué gordo estaba! Todo era calor y felicidad en aquella casa. Recuerdo que ella misma preparó la cena, y en mi vida he comido otra igual. No me preguntaron nada hasta después de haber terminado, y entonces mi hermano encendió un cigarro y me ofreció otro a mí. Yo no me atrevía a fumar porque mi madrastra decía que la mujer que lo hacía iba al infierno... Pero mi cuñada me sonrió y tomó uno ella. «¡Vamos a ver! —dijo mi hermano— ¿Qué piensas hacer ahora?». «No lo sé —contesté yo—. Quiero ser libre. Quiero ir al teatro. Quiero beber champán». Su mujer meneó la cabeza tristemente. «Nunca he oído que ninguna mujer gane para esas cosas trabajando», dijo. ¿Tú te has creído que yo quiero trabajar? —exclamé yo—. ¿Tú te has creído que yo quiero esclavizarme toda mi vida en una fábrica por diez francos a la semana o dar vueltas con los vestidos de otras mujeres en casa de alguna modista de la Rue de la Paix? ¿Tú te has creído que yo voy a admitir órdenes de nadie? ¡No! ¡Yo quiero ser libre!». Mi hermano me consideró gravemente largo rato. Luego dijo: «Somos de la misma sangre. De nada serviría

discutir contigo ni obligarte a nada. Cada ser humano debe labrarse su propia vida. Puedes hacer lo que te parezca. Sin embargo, quiero que sepas que siempre que estés necesitada o desalentada o sola encontrarás abierta la puerta de mi casa, que siempre serás bien recibida aquí mientras vivas...».

Marcela se enjugó bruscamente los ojos con el revés de la mano.

—Pasé allí aquella noche, y al día siguiente me fui por la ciudad y estuve hablando con muchachas de los cafés, lo que yo soy ahora. Me aconsejaron que trabajara si quería tener un amante fijo, y entonces entré en unos grandes almacenes por un mes. Luego tuve un amante, un argentino, que me regaló magníficos vestidos y me llevó al teatro. ¡En mi vida he sido tan feliz como entonces! Una noche que íbamos al teatro, al pasar por delante de la casa de mi hermano se me ocurrió entrar a decirle lo maravillosa que encontraba la vida. Llevaba un vestido de *charmeuse* azul. Me acuerdo muy bien. Era hermosísimo. Y zapatos de tacón alto con brillantes en las hebillas, guantes blancos, un gran sombrero con una pluma negra de avestruz y un velo. Por fortuna llevaba éste sobre la cara, pues al entrar en el portal de mi hermano descubrí a mi padre en la escalera. Él me miró. Yo me detuve. Se me paralizó el corazón, pero pude observar que no me había reconocido. «¡Fuera de aquí! —gritó mi padre— ¿Qué viene a hacer una mujer de tu calaña a la casa de un obrero? ¿Por qué vienes a insultarnos con tus sedas y tus plumas, robadas a los pobres que sudan en las fábricas, y a sus tísicas mujeres y a sus enfermizos hijos? ¡Fuera de aquí, puta!».

Yo estaba aterrada de que pudiera reconocerme. Sólo una vez más volví a verlo. Mi amante me dejó y tuve otros amantes... Mi hermano y su mujer se fueron a vivir cerca de mi padre, a St. Denis. Yo solía ir a veces a pasar la noche con ellos y a jugar con el niño, que estaba muy gordo. Aquéllos fueron tiempos verdaderamente felices. Y solía marcharme al amanecer para no encontrarme con mi padre. Una mañana, al salir a la calle, vi a mi padre que se dirigía a su trabajo, con la bolsa de su almuerzo en la mano. Él no me había visto la

cara. No me quedaba otro remedio que echar a andar calle abajo delante de él. Serían las cinco de la mañana y había muy poca gente en la calle. Mi padre venía detrás de mí, y pronto observé que apretaba el paso. Luego le oí decir en voz baja: «Señorita, espéreme. Vamos por el mismo camino, ¿no?». Yo me di prisa. «Usted es hermosa, señorita. Y yo no soy viejo. ¿No podemos irnos juntos a algún sitio?». Yo estaba despavorida. Me horrorizaba pensar que pudiera verme la cara. No me atrevía a torcer por una bocacalle porque me hubiera visto de perfil. Así que seguí andando hacia adelante, siempre hacia adelante, horas y horas, kilómetros... No sé cuándo se detuvo él... No sé si habrá muerto... Mi hermano me dijo que nunca hablaba de mí...

Marcela dejó de hablar, y los ruidos de la calle hirieron nuevamente nuestros oídos, que habían permanecido tanto tiempo sordos a ellos, con duplicado estrépito. Fred estaba excitadísimo.

—¡Maravilloso, por Dios! —exclamó golpeando la mesa— ¡La misma sangre, el mismo espíritu! ¡Y hay que ver cómo la revolución se ha ido suavizando y desarrollando de generación en generación! ¡Hay que ver cómo el hermano entendía la libertad de una manera que no podía comprender el viejo padre!

Marcela le lanzó una mirada de extrañeza.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Tu padre, que ha luchado toda su vida por la libertad, sin embargo, te arrojó a ti de casa porque tú querías alcanzar tu libertad.

—¡Oh! Pero tú no comprendes —dijo Marcela—. Hice mal. Yo soy mala. Si yo tuviera una hija que fuera como yo haría lo mismo que él.

—¿No puedes comprenderlo? —exclamó Fred— ¡Tu padre quería la libertad para los hombres, pero no para las mujeres!

—Naturalmente —dijo ella encogiéndose de hombros— Los hombres son distintos de las mujeres. Mi padre tenía razón. Las mujeres deben ser.. «honradas».

—Las mujeres deben esperar otra generación —dijo Fred tristemente con un suspiro.

Yo le tomé la mano a Marcela.

—¿Lo lamentas? —le pregunté.

—¿El qué? ¿Mi vida? —contestó ella sacudiendo la cabeza orgullosamente— ¡De ninguna manera! ¡Soy libre!...

1914

EL MUNDO PERDIDO¹

El poblado serbio de Obrenovatz es un racimo de techos de tejas rojas y torres blancas bulbosas, ocultos tras verdes árboles en una faja de tierra, alrededor de la cual corre el río Sava describiendo una amplia curva. Detrás, las verdes colinas de Serbia se inclinan hacia las azules cordilleras de montañas, sobre cuyas cumbres aún yacen sin enterrar montones de cadáveres, entre los restos de los árboles acribillados por el fuego de ametralladoras; y perros medio muertos de hambre luchan allí horriblemente con los buitres. A media milla de distancia, en la margen del amarillento río, los soldados campesinos permanecen hundidos hasta las rodillas en trincheras inundadas, y disparan contra los austriacos, situados a trescientas yardas más allá, en la otra orilla del río. En el medio, las fértiles colinas de Bosnia se elevan hacia el oeste, como eternas olas de mar embravecido, las cuales ocultan los grandes cañones que amenazan a Obrenovatz con la destrucción. El propio poblado está construido en una pequeña elevación del terreno, circundado por pantanos que se cubren de agua cuando el río está crecido, donde las sagradas cigüeñas caminan altivamente entre los juncos, mostrando desprecio por las batallas. Todas las colinas palpitan de vida con

1- *The World Well Lost.*

hojas nuevas y vívidas, y flores de ciruelo que parecen humo. La tierra susurra con un millón de diminutas emociones, el surgimiento de retoños de color verde pálido y la eclosión de capullos; el mundo se reanima con la primavera. Y tan regular como el movimiento de un reloj, el estallido de esporádicos disparos pasa inadvertido en el perezoso aire. Ha sido así durante nueve meses, y los sonidos de la guerra han llegado a ser parte del gran coro de la naturaleza.

Íbamos a cenar con los oficiales del Estado Mayor: gigantes bonachones, campesinos e hijos de campesinos. El ordenanza que se puso de rodillas para cepillar nuestros zapatos y se mantenía rígidamente de pie mientras vertía agua sobre nuestras manos, y los soldados rasos que nos atendieron en la cena con rapidez y cortesía, entraron y se sentaron cuando se sirvió el café, y nos fueron presentados todos. Eran íntimos amigos del coronel.

Después de la cena, alguien sacó una botella de coñac y una caja de genuinos tabacos habanos, las cuales dijo Iovanovitch sonriendo, habían sido capturadas a los austriacos dos semanas antes, y partimos a pie para visitar las baterías.

Hacia el oeste, sobre las colinas bosnias, un pálido sol primaveral colgaba a poca altura de un cielo verde turquesa. Una línea tras otra, ardían pequeñas nubes de color rojo dorado, escarlata, bermellón, rosado pálido y gris, en toda la bóveda del cielo. Los pájaros soñolientos gorjeaban, y una suave brisa llegó del oeste, refrescándonos.

Iovanovitch se volvió hacia mí.

—Usted deseaba hablar con un socialista serbio —expresó—. Bueno, tendrá oportunidad de hacerlo. El capitán que está al mando de la batería que vamos a ver, es líder de uno de los partidos socialistas serbios, o al menos lo era, en los tiempos de paz. No, no conozco cuáles son sus doctrinas; soy un Joven Radical —se sonrió—. Creemos en el Gran Imperio Serbio.

—Si todos los socialistas fueran como Takits —dijo el coronel fumando confortablemente su tabaco—, no hubiera tenido nada que decir contra el socialismo.

En una profunda trinchera, cavada en forma de media luna a través de la esquina de un terreno, había cuatro cañones de seis pulgadas agazapados detrás de una cortina de jóvenes sauces. Había un techo sobre ellos, casi a nivel del terreno, y sobre este techo se había colocado tepe, y crecían la hierba y los arbustos, para ocultarlos de los aeroplanos. Ante el tajante alto del centinela, el coronel contestó: «¡Takits!». Del pozo de los cañones salió un hombre, enfangado hasta las rodillas y sin gorra. Era alto y ancho; su descolorido uniforme le colgaba como si anteriormente hubiera sido más gordo; una espesa y desatendida barba cubría su rostro hasta los pómulos; los ojos eran tranquilos y francos.

Le dijeron algo en serbio y echó a reír.

—Así que —dijo, volviéndose hacia mí con una mirada divertida, y hablando en francés, en el que se detenía y vacilaba como una cosa que no usaba desde hacía mucho tiempo—. ¿Así que está usted interesado en el socialismo?

Respondí afirmativamente.

—Me dicen que usted fue un líder socialista en este país.

—Lo fui —dijo, enfatizando el tiempo pasado—. Y ahora...

—Ahora —interrumpió el coronel— es un patriota y un buen soldado.

—Diga solamente «un buen soldado» —dijo Takits, y pensé que había una sombra de amargura en su voz—. Discúlpeme si hablo mal el francés. Hace mucho tiempo que no hablaba con extranjeros, aunque una vez pronuncié discursos en francés...

—¿Y el socialismo? —pregunté.

—Bueno, le diré —comenzó lentamente—. Caminemos un poco —Puso su brazo bajo el mío y frunció el ceño mirando hacia la tierra. De pronto, se volvió rápidamente, preocupado, y gritó a alguien invisible que se hallaba en el pozo—: ¡Peter! ¡Engrasa el bloque de culata del cañón número uno!

Los demás caminaban delante, riendo y lanzando observaciones por encima de los hombros, como hacen los hombres cuando han cenado y están contentos. La noche se deslizaba rápidamente por el oeste y apagaba aquellas brillantes nubes,

arrastrando su tren de estrellas que, como una túnica, cubrían todo el cielo. En alguna parte de las trincheras distantes unas veces entonaban una trémula canción macedonia acerca de las glorias del imperio del zar Stefan Dushan, y un violín acompañante chirriaba bajo la mano de un gitano gooslar. En la oscura cuesta de una colina, lejos, del otro lado del río, en el campo enemigo, brilló una chispa de llama rojiza...

—Como verá, nuestro país es diferente al suyo —comenzó Takits—. Aquí no tenemos ricos ni tampoco una población industrial; por eso creo que no estamos listos, para la gran tarea de unir a los obreros contra la concentración del capital en manos de unos pocos —se detuvo un momento, y después dijo sonriendo—: ¡Usted no se imagina la sensación tan extraña que experimento al volver a hablar de esto...! —Luego continuó— Por tanto, nuestro partido fue formado para aplicar los principios del socialismo a las condiciones de este país: un país de campesinos, todos propietarios de su tierra. Nosotros los serbios somos comunistas por naturaleza. En cada aldea usted verá las casas de los ricos zadrugos, infinidad de generaciones de la misma familia —todos los vínculos los creaban mediante el matrimonio— las cuales han unido sus propiedades y las poseen en común. No deseábamos perder tiempo con la Internacional. Nos hubiera obstaculizado, hubiera bloqueado nuestro programa, el cual era poner en manos del pueblo —que producía todo y poseía todos los medios de producción—, los medios de distribución también. El programa político era más sencillo; aspirábamos a una verdadera democracia por medio del sufragio más amplio posible, la iniciativa, el referéndum y la revocación. En los Balcanes, un inmenso abismo separa a los políticos ambiciosos que están en el poder de las masas del pueblo que los eligen. La política ha llegado a ser una profesión de camarillas, sólo asequible a abogados intrigantes. Deseábamos destruir esta clase. No creíamos en la huelga general, y la gran población industrial oprimida del mundo no podía hacer nada por nosotros, excepto usarnos para el fomento de sus programas económicos, los cuales no se ajustaban a las condiciones reinantes en Serbia.

—¿Se oponían ustedes a la guerra?

Asintió con la cabeza.

—Estábamos contra la guerra... —comenzó, después se detuvo bruscamente y estalló en risas—. ¿Sabe que había olvidado todo eso?, pensábamos que los campesinos, el pueblo de Serbia, podría detener la guerra en cualquier momento si lo deseaban, simplemente con negarse a combatir. ¡Dios mío! Sólo éramos unos cuantos —no teníamos una clase obrera grande y sólida como en Alemania y Francia—, pero pensábamos que se podría lograr.

—Y ahora, ¿qué cree usted?

Takits se volvió lentamente hacia mí, y sus ojos eran trágicos y amargos.

—No sé. No sé. La persona con la que usted habló ahora era el Takits de antes de la guerra. ¡Qué impacto fue escuchar mi voz diciendo esas viejas frases ya gastadas! ¡Son tan absurdas ahora! He llegado a pensar que todo se tiene que hacer de nuevo: la edificación de la civilización. Debemos aprender de nuevo a trabajar la tierra, a vivir juntos bajo un gobierno común, a hacer amistades a través de las fronteras con otras razas, las cuales se han vuelto a transformar en rostros tenebrosos, malignos, que hablan lenguas que no son la nuestra. Este mundo se ha convertido en un lugar caótico, como lo fue en la Edad Media; y sin embrago, vivimos, tenemos trabajo que hacer, sentimos felicidad en un día claro y tristeza cuando llueve. Ahora todo esto es más importante que cualquier otra cosa. Posteriormente vendrá el largo ascenso desde la barbarie hasta una época en que los hombres piensen, razonen y organicen conscientemente sus vidas de nuevo. Pero eso no será en nuestra época. Moriré sin verlo, el mundo que amábamos y perdimos.

Se volvió hacia mí con extraordinaria emoción, ojos flameantes y sombríos, y se aferró de mi brazo tensamente.

—Ésta es la cuestión, la trágica cuestión. Yo era ahogado. El otro día, el coronel me preguntó algo acerca de un punto legal común, y lo había olvidado. Cuando hablaba con usted acerca de mi partido, descubrí de nuevo que todo era confu-

so, nebuloso. Usted se dio cuenta que todo lo que dije eran vagas generalizaciones, ¿no es cierto? Bueno, he olvidado mis argumentos, y he perdido mi fe.

«Llevo cuatro años luchando en el ejército serbio. Al principio odiaba la guerra, quería largarme, me oprimía la sinrazón de todo esto. Ahora es mi trabajo, mi vida. Paso todo el día pensando en esos cañones; permanezco despierto por la noche preocupándome por los hombres de la batería: si fulano hará la guardia sin cometer descuidos, si necesitaré caballos frescos en lugar de las bestias maltrechas que tenemos para trasportar los cañones, si se puede hacer algo para corregir el ligero defecto en el retroceso del número tres. Estas cosas y la comida, y el albergue y el tiempo, constituyen mi vida. Cuando voy a casa de permiso para visitar a mi mujer y mis hijos, la existencia de ellos me parece tan tranquila, tan apartada de las realidades, que me aburro muy pronto, y me siento aliviado cuando llega el momento de regresar aquí, donde están mis amigos, mi trabajo, mis cañones... Eso es lo horrible».

Cesó de hablar, y caminamos en silencio. Una cigüeña de grandes alas se posó aleteando en el techo de la choza donde tenía su nido. Lejos, del otro lado del río, estalló inexplicablemente una andanada de disparos de fusil; luego hubo un profundo silencio.

1916

NOCHE DE BROADWAY¹

Se hallaba en la esquina de Broadway y la calle Cuarenta y Dos: un hombre pulcro de patillas grises, boca plácida, simpáticas gafas encaramadas en la punta de su nariz y el aire general de un clérigo opuesto a la guerra por motivos humanitarios. Pero al frente de su sombrero hongo llevaba prendido un periodiquito cuyo título decía: *Noticias matrimoniales*; otro colgaba de su pecho, un tercero de su brazo derecho, que se encontraba extendido, y con la mano izquierda aguantaba un montón de números de aquella publicación. A cortos intervalos su boca se abría mecánicamente y anunciaba, con tono solemne:

—Compre *Noticias matrimoniales*, si desea una esposa o un marido. A cinco centavos el ejemplar. Sólo un medio por la ventura matrimonial. Sólo la mitad de un real por una vida de felicidad.

Decía esto sin expresión alguna, sonriéndole levemente a la muchedumbre que pasaba.

Torrentes de luz —blanca, verde, amarillo cobrizo, rojo chillón— caían sobre él. Encima de su cabeza un gatito de nueve pies de alto jugaba con un enorme carretel de hilo rojo. Un águila gigantesca batía lentamente sus alas. Imponen-

1- *Broadway Night*.

tes cepillos de dientes aparecían como solemnes portentos en el cielo. Un escocés verde, rojo, azul y amarillo, tan alto como una casa, bailaba una silenciosa danza popular. Dos gigantes en ropa interior peleaban a un metro de distancia con los guantes puestos. Cerveza burbujeante se vertía de las botellas a los vasos que se cubrían con una espuma incandescente. Dedos invisibles escribían eslóganes en letras de fuego, contrastados con la negrura del cielo. En torno a esta, se revolvía un torbellino de llamas coloreadas.

—Si desea una esposa o un marido, por sólo un medio podrá obtener la ventura matrimonial leía la sonora voz.

El individuo se mantenía inmóvil, como una roca, en un torrente. Los teatros comenzaban a vaciarse. Así como una dinamitada aglomeración de troncosse desplaza río abajo, una doble corriente de autos humeantes y estridentes llenaba Broadway, la Séptima Avenida, la calle Cuarenta y Dos, corriendo, deteniéndose, acelerando nuevamente... una serpiente iluminada de tranvías interceptaba el paso, retumbante.

Por las aceras el tumulto corría como hielo primaveral cuando se quiebra y se desliza rechinante, apresurado entre ambas orillas. Hombres delgados con caras de hurón, mujeres esbeltas de pálidos rostros, destellos de pecheras blancas, sombreros de seda, pamelas floreadas, velos plateados sobre cabellos negros, rígidos y oscuros sombreritos con un toque bermellón, zapatillas de satín, bordes de enaguas, charoles, afeites y esmaltes y parches. Perfumes voluptuosos y excitantes. Azulosas volutas de humo de cigarrillos que alcanzan un esplendor dorado. Música rítmica, apenas audible, que provenía de cafés y restaurantes. Luces, sonidos, placer fugaz y febril... Al principio la avalancha llegaba en forma lenta, después, en toda su plenitud: pieles más lujosas que en Rusia, sedas más suntuosas que en el Oriente, joyas más fastuosas que en París, rostros, ojos y cuerpos que reflejaban el deseo del mundo... y luego el rápido reflujo y las prostitutas mero-deando.

—A cinco centavos el ejemplar. Sólo la mitad de un real por una vida de felicidad.

—¿Puede garantizarlo? —le pregunté.

Volvió hacia mí su tranquila y amable mirada y tomó mi dinero antes de responderme.

—Mire la página dos —me propuso— ¿Ve esa foto? Lea. «Hermosa joven, de veinticinco años de edad, que goza de perfecta salud y es heredera de quinientos mil dólares, desea mantener correspondencia con hombre soltero, objetivo: matrimonio, si se encuentra el partido idóneo». Miles han logrado la felicidad a través de estas páginas. Si se siente decepcionado... —me miró con seriedad por encima de los lentes— si se siente decepcionado, le devolveremos su dinero.

—Y usted, ¿lo ha intentado?

—No —contestó meditativamente—. Seré franco con usted. No lo he intentado. —Al llegar aquí se interrumpió para pedirle a los transeúntes:

—Compre *Noticias matrimoniales*, si desea una esposa o un marido... No —continuó—; tengo cincuenta y dos años y mi esposa murió un día como hoy hace cinco años. Ya conozco la vida, ¿para qué lo voy a intentar?

—¡Tonterías! —exclamé— En la actualidad la vida no se termina a los cincuenta y dos. Fíjese en Walt Whitman y Susan B. Anthony.

—No conozco a esas personas que usted menciona —respondió gravemente el vendedor de *Noticias matrimoniales*— Pero quiero que sepa, joven, que la duración de la vida depende de que se haya vivido o no. Ahora bien, yo he vivido. —Al llegar a este punto, me dio la espalda para pregonar:

—A cinco centavos el ejemplar. Sólo un medio por la ventura matrimonial... Mis padres eran trabajadores. Mi padre murió de un accidente ocurrido en la cámara de bombeo del embalse del Parque Central. Mi madre murió de tuberculosis a consecuencia del agotador trabajo a destajo que hacía en casa. Fui mensajero de una camisería, botones en un hotel, después manejé un carro de reparto para el periódico *Evening Journal* hasta que me dieron una paliza en una pelea —mi constitución era muy débil—, por lo que asistí a la escuela nocturna y me hice oficinista. Trabajé en diversas oficinas

hasta que, al fin, entré en la compañía Smith-Tellfair de Banqueros y Corredores de Bolsa, establecida en Broad Street, número 6. Allí comenzó mi vida. —De nuevo, en una forma metódica, sin prisa, comenzó a vocear las virtudes de *Noticias matrimoniales*.

—A la edad de veintisiete años me enamoré por primera vez en mi vida; y, pasado un tiempo, nos casamos. No voy a referirme a nuestras vicisitudes iniciales ni al nacimiento de nuestro primer hijo, que murió poco después... fundamentalmente porque nuestros medios no nos permitían vivir en un barrio donde hubiera luz y aire suficientes para un bebito enfermizo. Con posterioridad, sin embargo, las cosas mejoraron. Ascendí a jefe de personal de las oficinas de la Smith-Tellfair. Cuando nació mi segundo hijo —una niña— habíamos comprado una pequeña casa en White Plains, que iba pagando, poco a poco, gracias a la estricta economía con que vivíamos. —Hizo una pausa— Con frecuencia me he preguntado, después de mi experiencia, si realmente vale la pena ahorrar. Hubiéramos podido tener más placeres en nuestra vida y, a fin de cuentas, todo habría resultado igual. —Pareció perderse en reflexiones. En lo alto, el nervioso caos de luces restallaba en toda su magnitud. Dos mujeres con zapatos blancos de tacones altos pasaron, mirando por encima del hombro a los hombres sigilosos. Mi amigo voceó su mercancía una vez más.

—Mi hijita creció. Habíamos decidido que aprendiera a tocar el piano para que, algún día, fuera una gran concertista y su nombre apareciera aquí, en un letrero lumínico. —Movi6 uno de sus brazos, señalando Broadway—. Cuando tenía cinco años, me nació un var6n. Iba a ser soldado, general del ej6rcito. La ni6a se muri6 cuando ten6a seis a6os. La culpa la tuvo el alcantarillado municipal; los contratistas que hicieron la obra estaban corrompidos, y se desat6 una epidemia de tifus... Muri6, s6, Myrtle se muri6. Despu6s de eso, mi esposa ya no fue la misma. Desafortunadamente, poco despu6s volvi6 a quedar embarazada. Sab6amos que sus condiciones de salud no le permitir6an tener otro beb6, e hicimos todo lo po-

sible por hallar los medios para evitarlo. Yo había oído decir que existían cosas para ello... pero no las conocíamos, y el médico no hizo nada para impedirlo. La criatura nació muerta. Mi esposa no sobrevivió el alumbramiento... Eso nos dejó solos a mí y al pequeño Herbert, el que iba a ser general, ¿recuerda? Fue más o menos en esa época que el joven Tellfair sustituyó a su padre en la dirección del negocio; acababa de salir de la universidad, con nuevas ideas acerca de la eficiencia y la reorganización de la oficina. Lo primero que hizo fue despedirme, porque mis cabellos ya estaban blancos... Pude persuadir a la compañía de Construcción y Préstamos a que me suspendiera los pagos de la casa durante seis meses mientras me procuraba otro trabajo. Herbert tenía catorce años. Era extremadamente importante que siguiera en la escuela, a fin de que se preparara para los exámenes de ingreso en West Point, que era adonde iba a ir... Me resultó imposible hallar otro lugar donde trabajar como oficinista, a pesar de que busqué por todas partes en la ciudad. Finalmente conseguí empleo como sereno en un almacén de pinturas y cueros cerca del distrito financiero... Desde luego, el salario era menos de la mitad del que había estado percibiendo. Se reanudaron los pagos por la casa, pero no pude satisfacerlos. Por lo tanto, la perdí... Traje a Herbert a vivir conmigo en la ciudad. Empezó a asistir a la escuela pública. Y cuando tenía dieciséis, hace sólo doce meses, mi pequeño Herbert murió de escarlatina. Poco después encontré este trabajo, que me proporciona una existencia confortable.

Cesó de hablar y, volviéndose de nuevo hacia los peatones, los exhortaba suavemente a comprar *Noticias matrimoniales*: «Sólo un medio por la ventura matrimonial. La mitad de un real por una vida de felicidad...».

Uno a uno, los relucientes nombres, la excitante incandescencia, las piernas luminosas de las coristas de vodevil y todas las luces que adornan las fachadas de los teatros fue-

ron desapareciendo. Las tiendas de fantasías apagaron la iluminación de sus vidrieras; esposas y novias habían regresado a sus hogares, y queridas, actrices y grandes *cocottes* bailaban el tango inspiradas por el champán en deslumbrantes cabarets. Letreros que anunciaban diferentes artículos de Ciencia Doméstica e Higiene Personal aún alborotaban de un lado al otro del cielo. Pero Broadway estaba más oscuro, más tranquilo; y las fantásticas muchachas que caminaban solas, o en parejas, con ojos escrutadores y alertas, se movían seductoramente de la claridad hacia la sombra. En la oscuridad, y en torno a las esquinas, acechaban los hombres. Recorrían la calle, subidos los cuellos de sus sacos y calados los sombreros, devorando a las mujeres con mirada dura; sus bocas estaban secas, y temblaban por la fiebre y la excitación de la cacería.

—Oye, dame uno —dijo una voz herrumbrosa como el hierro. Una mujer gorda, vestida con una saya corta y ancha, zapatos grises de tacones altos que se anudaban detrás y un sombrero rosado del tamaño de un botón, extendió un medio con los dedos regordetes de su mugriento guante blanco. Desde lejos, a una distancia de tres cuadras en una calle oscura, se habría podido pensar que era joven. Pero, de cerca, entre el tinte de sus cabellos aparecían hebras de plata y, debajo de todo aquel rojo artificial, asomaban pálidos amasijos de carne flácida... huecos y arrugas.

—Buenas noches, señora —la saludó mi amigo, levantando cortésmente el sombrero—. Espero que se encuentre usted bien. ¿Cómo anda el negocio esta noche?

—Broadway ya no es lo que solía ser cuando yo empecé a «trabajar» —respondió la aludida, al tiempo que movía la cabeza—. En la actualidad no hay más que gente cicatera o que está para pedir limosna... eso es lo que pasa. Un par de frescos trataron de divertirse a costa mía cerca del restaurante de Shanley... me invitaron a cenar. Por Dios, ¿y usted sabe lo que pasó? Resultó que me estaban tomando el pelo. En mis tiempos estuve en lugares tan buenos como en los que pudo haber estado cualquier otra muchacha de la ciudad.

¡Qué barbaridad! Me encontré con un tipo en la calle Cuarenta y Cuatro que me dijo: «¿Dónde vamos a ir?». Y yo le digo: «Conozco un lugar en Séptima. Avenida». «¡Séptima! –dice él–. El siete es mi número de mala suerte. ¡Adiós!», y se largó. ¡Qué barbaridad! –Se rió de buen humor. En ese momento entré en su campo visual–. ¿Quién es tu amigo, Bill? –dijo ella–. Preséntanos. –Bajó la voz–. Oye, mi cielo, ¿quieres pasar un buen rato? ¿No? –Bostezó, revelando unos dientes de oro– Bueno, de todas maneras es hora de ir a dormir. Me voy a casa a pegar la oreja a la almohada.

—¿Está buscando esposo? –le pregunté señalando hacia *Noticias matrimoniales*.

—¡Qué barbaridad! Oiga, ¿ha conocido usted alguna vez a una muchacha que no lo estuviera? Si tiene algún amigo simpático que tenga un millón de dólares, déjeme el recado con Bill aquí. Él me ve todas las noches.

—Pero usted sólo compra *Noticias matrimoniales* los sábados por la noche –comentó Bill.

—Para leerlo el domingo –contestó ella–. Los domingos descanso de verdad. No trabajo en el día del Señor... Jamás lo he hecho, no importa lo arrancada que haya podido estar. Me educaron muy estrictamente y tengo escrúpulos religiosos... –Se marchó, moviendo sus enormes caderas.

El vendedor de *Noticias matrimoniales* dobló los periódicos.

—Para mí también es hora de irme a la cama, joven –expresó–; así que buenas noches. En cuanto a usted, supongo que seguirá disipando su vida con tragos y mujeres. –Movié la cabeza con un gesto que denotaba algo de tristeza–. Bien, siga su camino. Ya yo no estoy para culpar a nadie por nada.

Recorrí la calle febril, con su claroscuro de luz y de sombra, adornada de collares, pendientes, medallones y rosetas de luz, regada de papeles y trapos en desorden, rota por las obras del Metro, recorrida por grupos femeninos. Observé una muchacha alta, delgada, que caminaba delante de mí. Su

cara era mortalmente pálida y sus labios como sangre. Tres veces la vi hablarle a hombres... tres veces la vi abordarlos y, moviendo la cabeza como un halcón, murmurarles algo haciendo un rictus con la boca.

Apresuré el paso y me le adelanté, pero al pasar junto a ella me miró fríamente, con una feroz invitación en la mirada.

—¡Hola! —le dije, acortando el paso. Pero ella se detuvo de repente, me contempló con odio —yo, que era un extraño— e hizo un gesto de desdén.

—¿A quién cree usted que le está hablando? —me preguntó con voz cortante.

—Esto —le respondí— es lo que llaman, ¡selección natural!

La próxima no fue tan difícil. Estaba allí, al doblar de la esquina de la calle Treinta y Siete, y parecía estar esperándome. Nos unimos como el imán y el acero, y nos cogimos de manos.

—Vamos a cualquier lugar a tomarnos un trago —dijo.

Era joven y robusta, vehemente, algo rojo y negro que mirar. En el restaurante al que fuimos, nadie podía bailar como ella. Todos se viraban para observarla: los camareros inexpresivos, insolentes; los hombres de pecho plano que muerden habanos, las mujeres alegres e insatisfechas que permanecen sentadas allí como si todo hubiese sido creado para hacerlas resaltar. Con su sombrero negro de paja, adornado con una pluma azul, su traje de paño carmelita ligeramente raído, irrumpió en el suave calor, el oro, los espejos, la histérica música popular de aquel sitio, como una tromba.

Nos sentamos junto a la pared y contemplamos el rubor de los rostros, la blancura de los hombros delgados; escuchamos la risa estentórea; aspiramos el humo de los cigarrillos y el olor de cuando se bebe demasiado champán. Dos orquestas chillaban, tronaban y retumbaban alternativamente. Una pieza para los clientes... luego, bailarines y cantantes profesionales que se movían espasmódicamente, gritando palabras

sin sentido a un ritmo acelerado. Después, se apagaron las luces –todas excepto el reflector sobre los artistas– y en la embriagada oscuridad nos besamos con ardor. ¡Paf! De nuevo, las luces, estallido de fuerte hilaridad, torbellino de palabras estridentes, palabras, palabras, tropel de las parejas que se dirigen hacia la pista de baile, la orquesta que prorrumpe en una idiotez jadeante y sincopada, cuerpos que cimbran y saltan en armonía irracional...

Su nombre era Mae; lo escribió, junto con su dirección y número de teléfono, en una tarjeta y, por si acaso yo quería recomendaciones, hizo referencia a diplomáticos surafricanos que habían disfrutado de sus encantos... Mae jamás leía los periódicos y sólo tenía una vaga idea de que había guerra. Sin embargo, ¡qué bien conocía Broadway entre las calles Treinta y Tres y Cincuenta! ¡Qué dueña tan perfecta era de su mundo!

Me dijo que era de Galveston, Texas... se jactaba de que su madre era española, y después, titubeando, admitió que su padre era un gitano. Se sentía avergonzada de eso, y en contadas ocasiones se lo decía a alguien.

—Pero no era uno de esos gitanos de aquí que deambulan por los caminos y roban cosas –agregó Mae, reafirmando la respetabilidad de su origen. No. Procedía de una familia gitana muy distinguida...

1916

MAC, EL NORTEAMERICANO¹

Conocí a Mac en México, en la ciudad de Chihuahua, en vísperas de Año Nuevo. Era un soplo de la patria, un norteamericano en bruto. Recuerdo que cuando salíamos del hotel para tomar un trago en Chee Lee, las cascadas campanas de la antigua catedral repicaban furiosamente llamando a misa de medianoche. Sobre nuestras cabezas rutilaban las estrellas solitarias. Por encima de toda la ciudad, desde los cuarteles en que estaban alojadas las fuerzas de Villa, desde las avanzadas distantes en los cerros desnudos, de los centinelas que vigilaban las calles, llegaba el estrépito de exultantes detonaciones. Un oficial borracho pasó por nuestro lado y confundiendo la fiesta gritó: «¡Ha nacido Jesucristo!». En la esquina inmediata un grupo de soldados, envueltos hasta los ojos en sus sarapes, estaban sentados alrededor de una hoguera cantando el interminable corrido llamado *Las mañanitas de Francisco Villa*. Cada uno de los que cantaban tenía que agregar un nuevo verso acerca de las hazañas del gran caudillo...

Ante las grandes puertas de la iglesia, después de atravesar el parque en tinieblas, se reunían las silenciosas y siniestras figuras de mujeres vestidas de negro que iban a lavar sus pecados. Y de la catedral se derramaba una claridad rojiza y

1- *Mac-American*.

brotaban extrañas voces indias que entonaban un cántico que yo había oído únicamente en España.

—Vamos a entrar a ver la misa —dije yo—. Debe ser interesante.

—¡Demonio, no! —dijo Mac con voz ligeramente forzada— No me gusta inmiscuirme en la religión de nadie.

—¿Eres católico?

—No —repuso—. Me parece que no soy nada. Hace muchos años que no he entrado en una iglesia.

—¡Felicidades! —exclamé yo— Entonces tampoco serás supersticioso.

Mac me miró con cierto desagrado.

—Yo no soy un hombre religioso —dijo escupiendo—. Pero no me gusta andar metiéndome con Dios. Es muy peligroso.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque cuando uno se muere...! Ya tú sabes...

Mac estaba ahora enojado y descontento.

En Chee Lee encontramos a otros dos norteamericanos. Eran de esos que empiezan todos sus comentarios diciendo: «Yo llevo en este país siete años y conozco a la gente a fondo».

—Las mujeres mexicanas —dijo uno de ellos son las más asquerosas de la tierra. No se lavan más de dos veces al año. Y la virtud es cosa que no conocen. Ni siquiera se casan. No hacen más que marcharse con el primero que les gusta. Las mujeres mexicanas son todas unas putas, ésa es la verdad.

—Yo he tenido relaciones con una muchachita india en Torreón —dijo el otro—. Es un escándalo. ¡Ni siquiera se ha preocupado de si pensaba o no casarme con ella! Yo...

—Estas mujeres son así —le interrumpió el otro—. ¡Unas perdidas! Eso es lo que son. Yo llevo en el país siete años.

—Y entérate —dijo el otro dirigiéndose a mí y agitando severamente un dedo—, le puedes decir todo eso a un mexicano y no hará más que reírse de usted. Así son estos puercos.

—No tienen amor propio —dijo Mac sombríamente.

—Imagínate —dijo el primer compatriota—, imagínate lo que pasaría si le dices eso a un norteamericano.

Mac descargó un puñetazo en la mesa.

—¡Bendita sea la mujer norteamericana! —exclamó— Si algún hombre se atreviera a mancillar el hermoso nombre de la mujer norteamericana delante de mí, estoy seguro de que lo mataría.

Mac lanzó una mirada furibunda en torno a la mesa, y como ninguno de nosotros empañó la reputación de las mujeres de la gran república, agregó:

—La mujer norteamericana es la mujer ideal, y nosotros tenemos que procurar que siga siéndolo. ¡Me gustaría oír a alguien decir algo malo de una mujer norteamericana en mi presencia!

Los cuatro nos bebimos nuestros tragos con una solemnidad puritana.

—Oiga, Mac —dijo el segundo compatriota bruscamente—, ¿te acuerdas de aquellas dos muchachitas que tuvimos en Kansas City aquel invierno?

—¿Que si me acuerdo? —dijo Mac— ¿Y recuerdas el terrible apuro en que te creíste metido?

—¡Cómo se me va a olvidar!

—¡Bueno! —dijo el primer individuo— Ustedes podrán divertirse todo lo que quieran con sus lindas señoritas; pero a mí denme una limpia muchacha norteamericana...

Mac tenía dos metros de estatura. Era un verdadero bruto con la magnífica insolencia de la juventud. Sólo tenía veinticinco años, pero había estado en muchos sitios y había sido muchas cosas: capataz en los ferrocarriles, mayoral de una plantación en Georgia, jefe mecánico en una mina mexicana, vaquero y asistente de un alguacil en Texas. Era natural de Vermont. Hacia el cuarto trago descorrió el velo de su pasado.

—Cuando yo vine a trabajar a Burlington en el aserradero, no era más que un niño de unos dieciséis años. Mi hermano llevaba ya un año trabajando allí y me llevó a la misma casa en que se hospedaba él. Tenía cuatro años más que

yo y era también muy alto, pero un poco blando... Siempre andaba pregonando que estaba mal pelearse y todas esas tonterías. Nunca me quiso pegar, ni siquiera cuando se ponía bravo conmigo, porque decía que yo era más pequeño y lo tenía que respetar. Pues bien, en la casa en que vivíamos había una muchacha con la que mi hermano llevaba entendiéndose mucho tiempo. Pero yo soy un verdadero sinvergüenza —dijo Mac riéndose—. Siempre lo he sido. Y nada me impidió quitarle la muchacha a mi hermano. Enseguida lo conseguí. ¿Y saben ustedes, señores, lo que hizo la endemoniada muchacha? Pues un día en que mi hermano la estaba besando, exclamó de pronto: «¡Oh! ¡Besas lo mismo que Mac...!»». Mi hermano me fue a buscar. Por supuesto, se había olvidado de todas sus ideas sobre las pendencias y que no debía uno reñir (en realidad, no cuentan para un hombre verdadero). Estaba tan pálido que me costó trabajo reconocerlo y echaba fuego por los ojos como un volcán. Me dijo: «¡Miserable! ¿Qué has hecho con mi novia?». Era un grandullón, y yo me asustó un poco; pero luego me acordé de lo blando que era y le hice frente. «Si no la puedes conservar —le dije—. déjala que se vaya». Fue una lucha tremenda. Él estaba dispuesto a matarme. Yo quise matarlo a él también. Una nube roja me cegó y creí volverme loco. ¿Ven ustedes esta oreja? —y Mac señaló el muñón del órgano aludido—. Pues me lo hizo él. Sin embargo, yo lo alcancé en un ojo y se lo estropeé para siempre. Pronto dejamos de hacer uso de los puños y empezamos a arañazos, a mordiscos, a patadas y a querer estrangularnos. Decían que mi hermano bramaba como un toro a cada momento, pero yo tenía la boca abierta y no dejaba de chillar... Pronto le di una patada en... en un sitio que dolía, y se desplomó como muerto...

Mac terminó su trago. Alguien pidió otro, y Mac prosiguió:

—Poco después de esto yo me vine al sur y mi hermano ingresó en la policía montada del noroeste. ¿Se acuerdan ustedes del indio aquel que mató a uno en Victoria en 1906? Pues bien, mi hermano fue enviado en su busca y recibió un

tiro en el pulmón. Yo me encontraba visitando a la familia (la única vez que había vuelto a la casa) cuando llevaron a mi hermano en agonía... Pero se puso bien. Recuerdo que el día que yo me fui acababa de levantarse de la cama. Me acompañó a la estación, suplicándome que le dirigiera aunque sólo fuera una palabra. Me tendió la mano para que se la estrechara; pero yo no hice más que volverme hacia él y le dije: «¡Hijo de perra!». Poco después volvió a su tarea, pero se murió por el camino...

—¡Demonio! —dijo el primer hombre— ¡La policía montada del noroeste! ¡Menudo empleo debe ser ése! ¡Un buen fusil, un buen caballo y nada de veda con los indios! ¡Eso sí es un deporte!

—A propósito de deportes —dijo Mac—. El mejor deporte del mundo es la caza de negros. Cuando yo me fui de Burlington, como les he dicho, me marché hacia el sur. Yo que quería ver el mundo de arriba abajo, y acababa de descubrir que era bueno con los puños. ¡Dios mío! ¡Las peleas que armaba!... Bueno, el caso es que caí en una plantación de algodón de Georgia, cerca de un pueblo llamado Dixville, y resultó que les hacía falta un mayoral, por lo que me quedé allí... Recuerdo la noche perfectamente porque estaba sentado en mi cabaña escribiendo a mi hermana. Ella y yo nos hemos llevado bien siempre, pero nunca nos entendimos con el resto de la familia. El año pasado tuvo un enredo con un viajante y, como yo lo pesque algún día... Bueno, como iba diciendo, yo estaba sentado allí escribiendo a la luz de un pequeño quinqué. Era una noche bochornosa y la choza estaba llena de bichos. A mí me revolvió el cuerpo verlos arrastrarse de un lado a otro. De pronto enderecé las orejas y se me puso el pelo de punta. Eran perros, perros de caza, que ladraban en la oscuridad. Yo no sé si ustedes habrán oído el ladrido de un perro cuando va persiguiendo a un hombre... Todos los ladridos nocturnos tienen algo de triste y de lúgubre; pero aquéllos eran muchísimo peores. Lo hacían a uno sentirse como si estuviera esperando en la oscuridad que alguien viniera a estrangularlo y no pudiera uno moverse... Durante

aproximadamente un minuto lo único que oí fue el ladrar de los perros, y luego una persona, o una cosa, saltó la valla de mi choza y unos pesados pies pasaron corriendo por delante de mi ventana entre profundos resuellos. ¿Saben ustedes cómo resopla un caballo testarudo cuando lo están estrangulando con una soga? Pues así. Yo salí a la puerta de un salto, con el tiempo justo para ver a los perros saltar mi valla. Luego, alguien a quien yo no veía, gritó con una voz tan ronca que apenas se le entendía: «¿Por dónde ha ido?». «¡Pasó por la casa y salió por detrás!», contesté yo echando a correr. Éramos unos doce. Yo no sabía lo que había hecho el negro, y supongo que la mayoría de los otros no lo sabía tampoco. Nos tenía sin cuidado. Corrimos como locos a través de los campos y de los bosques encharcados por las inundaciones, atravesamos el río a nado y saltamos vallas de una manera que por lo común hubiera rendido a un hombre a los cien metros; pero nosotros no lo notábamos. Yo no hacía más que echar saliva por la boca, y esto era lo único que me preocupaba. Había luna llena, y de cuando en cuando, al llegar a un sitio descubierta, alguno gritaba: «¡Por allí va!». Nosotros creíamos que los perros se habrían equivocado y perseguían una sombra. Los animales corrían siempre delante ladrando como demonios. Digan, ¿han oído ustedes alguna vez a un perro de caza cuando va persiguiendo a un hombre? ¡Parece un clarín! Yo me golpeé en las rodillas contra veinte vallas y tropecé con la cabeza de todos los árboles de Georgia; pero no lo noté...

Mac chasqueó los labios y bebió.

—No hay que decir —dijo— que cuando lo alcanzamos los perros ya lo habían hecho pedazos.

Y meneó la cabeza saboreando el recuerdo.

—¿Le terminaste la carta a tu hermana? —pregunté yo.

—Por supuesto —dijo Mac enseguida.

—A mí no me gustaría vivir aquí, en México, —dijo Mac—. La gente no tiene corazón. A mí me gustan las personas civilizadas, como los norteamericanos.

1914

ENDIMIÓN, O EN LA FRONTERA¹

Presidio, Texas, es un conjunto de una docena de chozas de adobe y una tienda de dos plantas hecha de madera, dispersas entre los matorrales de los desolados arenales a lo largo de Río Grande. Hacia el norte, el desierto se extiende suavemente hasta topar con el azul feroz, palpitante; tierra marchita y silenciosa. El tranquilo río de color fangoso se enrosca entre sus bancos de arena como una perezosa serpiente; allí, su ancho no llega a un centenar de yardas. Al otro lado del río, sobre una pequeña meseta, se eleva el pueblo mexicano de Ojinaga: un racimo de paredes blancas, techos planos y cúpulas de su antigua iglesia; un pueblo oriental sin alminares. Al sur, la terrible vastedad se precipita en grandes cúmulos de arena, cubiertos de mezquite y artemisa, que se repliegan a lo lejos, formando una erizada superficie de picos bajos y puntiagudos en el horizonte.

En Ojinaga se hallaban los restos del ejército federalista, expulsado de Chihuahua por el victorioso avance de Pancho Villa; aguardaban con apatía la llegada de este último por la frontera amiga. Miles de civiles, impulsados por las aterra-

1- *Endymion: Or on the Border* (Endimión, en la mitología grecolatina, era un hermoso pastor al cual Júpiter había otorgado eterna juventud, al mismo tiempo que había sumido en un igualmente eterno letargo. Diana, la luna, enamorada de su belleza, cuidaba de sus bienes e integridad física. En la literatura inglesa es un símbolo frecuente del eterno soñador que aspira a alcanzar mundos inaccesibles).

doras leyendas que se contaban del Tigre del Norte, habían acompañado a los soldados en retirada a través de aquellas horribles cuatrocientas millas de candente Planicie. La mayoría de los refugiados, felices en su indigencia, acampaban en los matorrales alrededor de Presidio y subsistían a expensas del oficial de abastecimientos de la Caballería Norteamericana acantonada en este sitio; se pasaban el día durmiendo y por las noches cantaban, hacían el amor y peleaban entre sí.

Los azares de la guerra habían hecho famoso el pueblecito de Presidio. Figuraba en los despachos noticiosos que se telefoneaban hacia el mundo exterior por medio de las líneas del ejército, las únicas disponibles. Automóviles, grises por el polvo del desierto, rugían por el atestado camino que partía del ferrocarril, sesenta millas al norte, para corromper su prístina inocencia. Un puñado de corresponsales de guerra se sentaban allí, en la arena, maldicientes, y dos veces al día elucubraban artículos de doscientas palabras, llenos de estruendo y de furia.² Los acaudalados hacendados,³ que huían a través de la frontera, se detenían en ese lugar para esperar la batalla que decidiría el destino de sus propiedades. Agentes secretos de los constitucionalistas y los federales urdían complots y contracomplots por todas partes. Los representantes de grandes empresas norteamericanas distribuían anticipos a cuenta y enviaban incesantemente telegramas en clave. Los agentes de compañías que vendían material de guerra, ofrecían suministrar armas al por mayor y al detalle a cualquiera que participara en una revolución o la estuviese organizando.

Por no mencionar –como se dice en los programas de las comedias musicales– civiles, guardias, subalguaciles, soldados norteamericanos de caballería, oficiales huertistas con licencia, vaqueros de los ranchos cercanos, mineros, etcétera.

2- *Lile is a tale told by an idiot / full of sound and fury / signifying nothing.* (*Macbeth*, Acto IV, escena 3.)

3- En español en el original.

El viejo Schiller, el tendero alemán, andaba vociferando por doquier con un enorme revólver a la cintura. Schiller se enriquecía. Le proporcionaba alimentos, ropa, herramientas y medicinas a la crecida población; tenía el monopolio del transporte; se rumoreaba que dirigía una mesa de póker y un bar privado en la habitación posterior de su establecimiento, y sesenta hombres dormían sobre el piso y los mostradores de la tienda a cambio de veinticinco centavos por cabeza.

Yo andaba con un vaquero zambo, pecoso, llamado Buchanan, que había estado trabajando en un rancho por allá por Santa Rosalía; éste aguardaba a que las cosas se tranquilizaran para poder regresar. Buck había estado tres años en México, pero no pude descubrir si esto le había dejado alguna impresión en su mente, como no fuera una actitud de queja contra los mexicanos por no hablar inglés; su español consistía en unas cuantas palabras que utilizaba para satisfacer sus apetitos naturales. Pero, en ocasiones, mencionaba a Dayton, Ohio, ciudad de la que había huido en un tren de carga a la edad de doce años.

Parecía ser un tipo bastante corriente en aquel sitio; fuerte y vigoroso, valiente, duro, no perturbado por ningún sentimiento refinado. No llevaba con él muchas horas, cuando comenzó a hablar de Doc. Según Buck, Doc era el primer ciudadano de Presidio; era un gran cirujano y, además, uno de los mejores músicos del mundo. Pero lo que más me llamó la atención fue el orgullo y el afecto en la voz de Buck cuando hablaba de su amigo.

—Puede componer una pata rota con un palo y una soga de crin de caballo —dijo Buck con vehemencia—. Y curar la mordida de una tarántula es para él como para nosotros tomarnos un trago... Y en lo que se dice tocar... ¡vaya! Doc puede tocar cualquier cosa. ¡Por Dios! Creo que si alguien de Nueva York o Cleveland le oyera hacer sonar los instrumentos, ¡estaría ahora mismo en el escenario de la ópera y no en las arenas de Presidio!

Se me despertó el interés.

—¿Doc qué? —le pregunté.

Buck me miró sorprendido.

—Doc... Doc a secas —respondió.

Esa noche, después de cenar, caminé pesadamente por la arena rumbo a la cabaña de adobe de Doc. Era una noche tranquila, de grandes estrellas. Desde algún punto del río llegaba el sonido de algunos disparos aislados. A mi alrededor, en los matorrales, ardían las fogatas de los campamentos de refugiados; las mujeres les gritaban con voces nasales a sus hijos para que regresaran; las muchachas reían en la oscuridad; los hombres resonaban las espuelas al pasar por la arena y, como acompañamiento de fondo, se escuchaba el permanente murmurar de una veintena de agentes secretos que conspiraban en el portal de la tienda de Schiller. Mucho antes de acercarme, pude oír los familiares acordes de la obertura de *Tannhäuser* ejecutada en un armonio castrado; y directamente frente a la casa, casi me caigo sobre una hilera doble de mexicanos que, acucillados en la arena y envueltos hasta los ojos en sus sarapes,⁴ escuchaban atentamente.

En el interior de la habitación blanqueada con cal, dos oficiales norteamericanos de caballería ocupaban sus asientos con los ojos cerrados, simulando disfrutar lo que ellos consideraban un entretenimiento «de categoría». Llevaban ocho meses en la frontera, lejos de los refinamientos de la civilización, y el escuchar esa clase de música los hacía sentirse «cultos». Buchanan, fumando en una pipa hecha con una tusa, yacía arrellanado en un butacón con los pies colocados sobre la estufa, y sus ojos centelleaban con verdadero deleite, fijos en los dedos de Doc mientras éstos saltaban sobre el teclado. Doc se hallaba sentado de espaldas a nosotros; era un hombre pequeño de pelo cano, regordete, una figura patética. Algunas de las teclas del armonio no emitían sonido alguno; otras, un ligero resoplido y las restantes estaban desafinadas. Al tiempo que tocaba, cantaba roncamente y se movía de un lado a otro como alguien perdido en un éxtasis musical.

4- En español en el original.

Se trataba de una habitación peculiar. En uno de sus extremos aparecían los restos de una complicada mesa de operaciones recubierta de cristal. Detrás de ella, un estante con instrumentos quirúrgicos oxidados —el último anaquel estaba lleno de pomos con pastillas— y un librero que contenía cinco volúmenes: un libro de selecciones operáticas instrumentadas para piano, parte de un volumen de las sinfonías de Beethoven arregladas para cuatro manos, dos textos de *Diagnosis práctica* y los *Poemas* de John Keats, encuadernado en piel, repujado a mano y muy usado. También había un escritorio en el que se amontonaban los papeles. Y en todo el resto del aposento, se veían instrumentos musicales en diversas etapas de abandono: una concertina, un violín, una guitarra, una trompa, una corneta y un arpa. Un pequeño perro mexicano con catarata en un ojo, se encontraba echado a los pies de Doc con el hocico levantado hacia el techo, aullando continuamente.

Doc tocaba con más y más furia, canturreando mientras sus nudosos dedos saltaban sobre el teclado.

De repente, en medio de un acorde atronador, se detuvo, se viró a medias hacia nosotros y, extendiendo las manos, musitó a través de sus bigotes:

—¡Mis manos son demasiado pequeñas! Todo en mí está mal hecho. ¡Ay! —suspiró— Franz Liszt también tenía los dedos cortos. ¡Sí, señor! Pero no como los míos. No tenía dedos cortos en la cabeza... —sus palabras se perdieron en un confuso murmullo.

Buck bajó los pies de golpe y, dándose una palmada en la rodilla, exclamó:

—¡Por Dios, Doc! ¡Si tuvieras las manos grandes no sé qué demonios no podrías hacer!

Doc miró embotado al suelo. El perrito puso sus patas sobre los muslos de aquél, y lloriqueó, y el viejo colocó una mano temblorosa sobre su cabeza. Los dos oficiales se despidieron con ademanes torpes. Poco después, Doc encendió una pipa grande, mientras refunfuñaba y gruñía para sí y exhalaba humo de los bigotes, la nariz, los ojos y las orejas.

Con una especie de reverencia, Buck me presentó. Doc hizo un gesto de saludo con la cabeza y me miró con unos ojitos legañosos que parecían no ver. Su cara, redonda y mofletuda, se hallaba cubierta de una barba blanca de varios días; a través de un bigote amarillento y estropajoso surgían, en forma confusa, las ruinas de una pronunciación cultivada. Olía fuertemente a coñac.

—Ayy... usted no es uno de estos... pulgones que viven en la arena... ejem, ejem, ejem —dijo, guiñándome los ojos—. Usted viene del gran mundo. Del gran mundo. Dígales que mi nombre está escrito en el agua... ejem, ejem.

Nada se sabía acerca de él, salvo lo que había saltado cuando estaba borracho. Él mismo parecía haber olvidado su pasado. Los mexicanos, entre los cuales realizaba la mayor parte del ejercicio de su profesión, lo querían fervientemente y lo demostraban pagándole sus cuentas. Siempre cobraba la misma cantidad por cualquier servicio médico —entablillar una fractura, amputar un miembro, atender un parto o suministrar una dosis de jarabe para la tos —, veinticinco centavos. Pero había hablado de Londres, del Queen's Hall, del Conservatorio de Música, de haber estado en la India y en Egipto, así como de haber ido a Galveston como jefe de un hospital. Más allá de eso, nada, excepto los nombres de ciudades mexicanas, de personas desconocidas. Todo lo que se sabía en Presidio acerca de él, era que había venido del otro lado de la frontera, anónimo y borracho, durante la revolución de Madero, y que se había quedado allí, anónimo y borracho, desde entonces.

—¡En el *Maidan*!⁵ —expresó Doc de súbito— ¡Paseando en sus carruajes! Y yo... aquí... —Durante unos instantes siguió murmurando algo interrumpido por el hipo—. Sí, eso la mató, pero yo no fui...

5- Palabra anglo-hindú que se refiere a un espacio o área a cielo abierto, dentro o en los alrededores de una ciudad, que se emplea por lo general para mercado o lugar de paseo.

Me senté a conversar con él, tratando de encontrar alguna clave que me descifrara su vida.

—He oído que usted ha estado vinculado con el Conservatorio de Música de Londres.

De un salto, se puso de pie, con los puños apretados y echando fuego por los ojos.

—¿Quién dijo eso? —rugió. Volvió a sentarse— ¡Y ahora soy un médico viejo y vagabundo en Presidio! —terminó de decir, y se rió entre dientes, sin amargura.

Le toqué el tema de Egipto, y expresó:

—En aquellos días había un bosque de mástiles en la rada de Alejandría... tupido...

Después me referí a la India, pero sólo murmuró:

—En Darjeling... en el gran cedro del jardín. Oh, Dios... ejem, ejem...

—¡Galveston! —exclamó, y se incorporó— Sí, estaba en Galveston cuando la inundación... Mi esposa se ahogó... —dijo esto sin mucho sentimiento; se levantó, caminó vacilantemente hasta el librero, sacó uno de los tomos de *Diagnosis Práctica* y me lo entregó como lo hubiera hecho un niño. En la guarda del libro aparecía la fecha: Galveston, 18 de septiembre de 1901, y en su interior, colocados en desorden; recortes de periódicos acerca de la inundación. Lo puse de nuevo en el librero, tomé al descuido el libro de *Poemas* de John Keats y lo abrí. Debajo de la cubierta estaba escrito en tinta que casi se había desvanecido:

Junio, 1878
A Endimión
En cuerpo y alma
A. de H. K.

Endimión... ¡el! ¿Para qué mujer fue alguna vez un Endimión aquella ruina humana? 1878. Cuando tenía unos veinticinco años, tal vez... hermoso, un soñador.

Percibí una especie de gruñido quejumbroso y, al levantar la vista, vi a Doc, de pie, inclinado, observándome de un modo extraño.

—¿Qué fue lo que cogió? ¿Qué fue lo que cogió? —era casi un grito— Déjelo ahí... —Mientras se acercaba a mí, tambaleándose, devolví el libro a su lugar. Me agarró las manos y las levantó hasta la altura de sus ojos; después, las dejó caer y se viró.

—Nada —susurró— Había olvidado... Lo perdí en Monterrey... —Se quedó inmóvil, murmurando para sí—. ¿Qué fue lo que la resucitó... a los treinta años de ahogada? Bien, ¡ahóguenla de nuevo!

Se dirigió a una de las esquinas de la habitación, tomó una botella negra y se la empujó. Luego hurgó entre sus instrumentos, sacó un acordeón viejo, volvió a tomar asiento en su silla y, de súbito, comenzó a tocar lo que podía reconocerse como la *Tercera sinfonía* de Beethoven. Era sobrecogedor.

Pero tocó sólo un minuto; se detuvo, movió la cabeza y suspiró.

—¡La *Heroica!* —exclamó— ¡La *Heroica!* Ejem, ejem, ejem. ¿Qué saben ustedes, pulgones de la arena, sobre una gran tragedia? Estoy envejeciendo y me he pasado toda la vida buscando y nunca he hallado...

¿Hallar qué? ¿La fama? ¿La riqueza? ¿El amor? ¿La verdad...?

A la noche siguiente, Buchanan, Doc y yo cenamos en un restaurante mexicano de una sola pieza, cuyo propietario había sido dueño de un pequeño rancho al otro lado del río que Enrique Creel le había vendido a William Randolph Hearst, embolsándose las ganancias. Cuanto hombre grande, broncado, con botas y espuelas, entraba, se detenía a la cabeza de la mesa para decir: «¿Cómo está usted, Doc? ¿Cómo le va?». El camarero mexicano servía primero a Doc, y cuando un rico ganadero que había llegado en automóvil esa maña-

na comenzó a insultarlo, llamándolo cochino haragán, uno de los guardias se inclinó sobre aquél y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Doc va primero, forastero —le dijo con calma—. Y después, en todo caso, va usted.

Doc se había levantado tarde, atormentado por los fuegos del infierno; y aunque ya se había tragado cerca de un litro de aguardiente,⁶ éste aún no había hecho su efecto. Sombrío y silencioso, respondía a los saludos con un gruñido.

Junto a mí se hallaba sentado un hombrecito vivaz de mentón hundido, un habitante de ciudades. Era agente de la Compañía de Ampliaciones a Lápiz de Retratos de Kansas City, Missouri, y se sentía extraordinariamente satisfecho con el negocio que había hecho en Presidio, tomando fotografías y recibiendo pedidos de los mexicanos. Los que nos encontrábamos en torno a la mesa, escuchábamos sus alardes con rostros graves y regocijo interno. Según me explicó Buck posteriormente, a los mexicanos les encanta que le saquen su foto; un mexicano es capaz de ordenar cualquier cosa o estampar su firma en cualquier papel... pero no pagará.

—Los mexicanos son sujetos magníficos para la fotografía —comentaba el agente con entusiasmo. Pueden mantenerse en pose durante quince minutos sin moverse.

De pronto, Doc levantó la cabeza, carraspeó un poco y dijo claramente:

—Por eso fue que no me acabaron de hacer la mía. Era muy trabajoso posar para Freddie Watts... ejem, ejem, ejem.

—¿Se refiere usted a Londres? —le pregunté con rapidez.

—A Hampstead —respondió Doc en forma distraída—. Su estudio estaba en Hampstead...

Por tanto, si Doc no se hubiera cansado de posar, ¡su retrato habría estado colgado junto a los de William Morris, Rossetti, George Meredith, Swinburne, Browning, en la Galería Nacional!

6- En español en el original.

—¿Conoció a William Morris? —le dije, conteniendo el aliento.

—¡Un condenado pedante! —gritó Doc de improviso, al tiempo que golpeaba la mesa con el puño. Ansioso, le pregunté por los otros— pero continuó comiendo como si no me hubiera oído.

—¡Dilettantes... una era de meros aficionados! —exclamó finalmente, y no dijo más.

El agente de la Compañía de Ampliaciones a Lápiz, hizo un movimiento de cabeza a los que lo rodeábamos y extendió un pulgar en dirección a Doc.

—Está tocado, ¿verdad? —Subrayó sus palabras con una sonrisa significativa— Guayabitos en la azotea, ¿eh?

Sus ojos se toparon con una profunda mirada hostil. Desde el otro extremo de la mesa, un vaquero taciturno le apuntó con un pedazo de pan, y expresó brevemente:

—Oye tú, zopenco, mejor te callas. Doc es amigo mío, y ha olvidado más de lo que tú has aprendido en tu vida.

Doc no pareció notar lo sucedido; pero, después, cuando abandonábamos el local, lo oí murmurar algo así como «pulgonos de la arena». Caminamos hacia una chocita en la que habían instalado una mesa de billar, y traté de averiguar en qué tiempo exactamente había dejado «el gran mundo». Reaccionó al nombre de Pasteur, pero me percaté que los de Ehrlich, Freud y otros médicos modernos nada significaban para él. En música, Saint-Saëns, sin duda alguna, resultaba un joven interesante y nada más; Strauss, Debussy, Schönberg, incluso Rirasky-Korsakov, eran desconocidos para él. Por alguna razón, odiaba a Brahms.

Cuando entramos, tenía lugar un partido en la «sala de billar», pero alguien lanzó un grito: «¡Aquí está Doc!», y los jugadores dejaron sus tacos. Doc y Buchanan jugaron en aquella mesa destartalada, mientras yo los observaba, sentado. El juego del viejo era formidable; jamás parecía perder un tiro, no importa lo difícil que fuera, aunque apenas podía ver las bolas. Buck casi no tuvo oportunidad de jugar. Apoyados contra las paredes y sentados en el suelo, había un

apretado círculo de mexicanos con sombreros descomunales, sarapes de vivos colores ya desteñidos, botas con enormes hebillas y espuelas tan grandes como monedas de dólar. Cuando Doc hacía un buen tiro, prorrumpián en un coro de suaves aplausos. Cada vez que se le caía la pipa, diez manos luchaban por el honor de buscársela...

En la suave y aterciopelada noche, regresamos a casa por la arena. Habíamos recorrido algo del camino, cuando Doc, de repente, se detuvo.

—¡Tobey, Tobey! ¡Aquí, Tobey! —gritó, tambaleándose y buscando en torno suyo en la oscuridad— He perdido mi perrito. ¿Dónde estará ese perrito? Creo que debe haber vuelto al billar. ¡Aquí, Tobey! Tengo que regresar y encontrar a mi perrito.

—Carajo, Doc —dijo Buck con impaciencia—, tu perro volverá. Déjame que te lo traiga. Estás cansado.

Doc movió la cabeza, murmurando:

—Tengo que encontrar mi perrito —dijo—; nadie puede encontrar... algo por mí. Cada cual tiene que buscar... solo... ejem, ejem —y regresó.

Buck y yo nos acuclillamos en el sendero y encendimos sendos cigarros. En torno nuestro, la noche impenetrable, exótica, estaba saturada de sonidos y olores. De improviso, Buck comenzó a hablar:

—No recuerdo nada acerca de mi padre —dijo— salvo que era un hijo de puta. Pero pensaba que todos los viejos eran como él; en realidad, nunca conocí un hombre de verdad ni ninguna otra clase de hombre que no se afanase por sí mismo, hasta que me topé con Doc. Toda esa palabrería cristiana jamás significó nada para mí hasta ahora. Pero este Doc es una mezcla tal de bondad y de profundo sufrimiento que... bueno, no sé, pero yo... yo... quiero a ese hombre. Es un gran hombre... lo sé... un gran hombre. Es verdaderamente grande. Algunos condenados idiotas dicen por aquí que está loco; pero algunas veces creo que los que estamos locos somos nosotros. Doc se pasa borracho todo el tiempo, pero todo lo que dice, aun las cosas más descabelladas, de algún

modo me golpean en lo más profundo de mí como si fuera la verdad de Dios.

Buck cesó de hablar, y vimos la rechoncha y pequeña figura de Doc que surgía tambaleándose de la oscuridad con Tobey trotando junto a sus talones. Nos levantamos en silencio y echamos a andar, uno a cada lado de él. Pero él no pareció percatarse de nuestra presencia, mientras caminaba murmurando cosas para sí. De pronto exhaló un tremendo suspiro, abrió los brazos y, con sus pobres y apagados ojos dirigidos al cielo, exclamó:

—¡Jeii-jo! ¡La noche para los gentiles⁷ es el día para los hijos de Israel!

1916

7- *Gentile*, en el original; es decir, los no judíos.

ESTAMPAS MEXICANAS¹

I

SOLDADOS DE FORTUNA

(Jiménez, 1914)

Allá, a un lado del parque, me tropecé con un pequeño grupo de cinco norteamericanos sentados en un banco. Estaban todos increíblemente harapientos, a excepción de un esbelto muchacho que llevaba polainas y uniforme de oficial del Ejército federalista, así como un sombrero mexicano sin copa. Sus botas destrozadas dejaban al descubierto los pies. Ninguno llevaba sino restos de calcetines y todos estaban sin afeitarse. Un mozalbete llevaba el brazo en un cabestrillo formado por un trozo de manta. Me hicieron sitio alegremente, y se apiñaron en torno mío alborotando de alegría al ver otro compatriota entre tanto condenado mexicano.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —les pregunté.

—¡Somos soldados de fortuna! —dijo el muchacho del brazo herido.

—¡Puaf!... —le interrumpió el otro— ¡Soldados de...!

—Verá usted lo que ha pasado —dijo el joven de aire marcial—. Hemos estado luchando en la brigada de Zaragoza, que ha intervenido en la batalla de Ojinaga y en otras muchas. Pero ahora ha llegado una orden de Villa para que se licencie a todos los norteamericanos de las filas y se los mande a la frontera. ¿No es un crimen?

1- *Mexican Pictures.*

—Anoche nos comunicaron nuestro honroso licencia-
miento y nos han echado del cuartel² —dijo un cojo de pelo
rojizo.

—Y no tenemos dónde dormir ni nada que comer... —in-
tervino un mozalbete de ojos grises, al que llamaban coman-
dante.

—¡No pretendan ablandar al amigo! —dijo el soldado in-
dignado— ¿No nos van a dar a cada uno cincuenta pesos por
la mañana?

Nos fuimos a un restaurante próximo y a la vuelta les
pregunté qué pensaban hacer.

—Yo me vuelvo a mi tierra —dijo un irlandés moreno y
bien parecido que no había hablado hasta entonces—. Me
marcho a San Francisco a conducir otra vez un camión. Es-
toy harto de mexicanos, de comer mal y de pelear peor.

—Yo tengo dos licenciamentos honrosos del Ejército de
los Estados Unidos —dijo orgullosamente el joven uniformado—. Peleé durante la guerra contra España. Soy el único sol-
dado de la pandilla —los otros se burlaron y le imprecaron
malhumoradamente—. Me parece que volveré a alistarme en
cuanto pase la frontera.

—Yo no la paso —dijo el cojo—. Estoy reclamado por dos
crímenes. No los he cometido, les juro que no, todo fue una
trampa; pero en los Estados Unidos un pobre infeliz como yo
no puede defenderse. Cuando no andan urdiendo alguna fal-
sa acusación contra mí me meten en la cárcel por vagabun-
do. Y, sin embargo, soy un buen hombre —agregó con vehe-
mencia—. Soy un hombre trabajador, sólo que no encuentro
colocación.

El comandante nos miró con sus crueles ojos y su endu-
recido semblante.

—Yo me he escapado de un reformatorio de Wisconsin
—dijo— y me parece que me están esperando los guardias en
El Paso. Siempre quise matar a alguien de un tiro, y en Oji-

2- En español en el original.

naga lo he hecho y todavía no estoy satisfecho. Nos han dicho que podíamos quedarnos si nos nacionalizábamos en México. Yo creo que mañana por la mañana firmaré los papeles.

—¡Qué ocurrencia! —gritaron los otros— Eso es una locura. Suponte que los Estados Unidos intervengan y que tienes que disparar contra tus propios paisanos. A mí nadie me verá firmando unos papeles que me conviertan en mexicano.

—Eso es fácil de arreglar —dijo el comandante—. Cuando vuelva a los Estados Unidos me dejaré aquí mi nombre. Pienso permanecer aquí hasta que reúna suficiente dinero para volver a Georgia a poner una fábrica en la que trabajen niños.

El mozalbete herido se echó de pronto a llorar.

—Me han atravesado el brazo en Ojinaga —sollozó— y ahora me abandonan sin dinero y no puedo trabajar. Cuando llegue a El Paso los guardias me meterán en la cárcel y tendré que escribir a mi padre para que venga a buscarme y me lleve a California. Me escapé de casa el año pasado —agregó.

—A mí me parece —les dije yo— que no deben ustedes quedarse aquí si Villa quiere sacar a los norteamericanos del ejército. Y si se hacen ciudadanos mexicanos, van a tener dificultades de haber intervención.

—Puede que tenga usted razón —dijo el comandante pensativo—. ¡Vamos! ¡Déjate de lloriqueos, Jack!... Lo que me parece que voy a hacer es irme a Galveston a tomar un barco para América del Sur. Dicen que ha estallado una revolución en el Perú.

El soldado tenía unos treinta años, el irlandés veinticinco y los otros tres entre dieciséis y dieciocho.

—¿Por qué han venido ustedes aquí? —les pregunté.

—¡Buscando emociones! —contestaron el soldado y el irlandés con una mueca.

Los tres mozalbetes se me quedaron mirando con una expresión ansiosa, contraído el rostro por el hambre y las penalidades.

—¡Por el saqueo! —dijeron a un mismo tiempo.

Lancé una mirada a su harapienta indumentaria, a los grupos de andrajosos voluntarios que desfilaban por el parque y que llevaban varios meses sin cobrar y contuve un violento deseo de soltar la carcajada... ¡Pobres seres perdidos en un país apasionado que menospreciaban la causa por la que habían combatido y escarnecían la alegría de un pueblo hundido en la miseria, al que nunca podrían comprender! Al alejarme de ellos les pregunté:

—A propósito: ¿a qué regimiento pertenecían ustedes?
¿Qué nombre se habían puesto?

—La Legión Extranjera —contestó el joven de pelo rojizo.

II

PEONES

(Más allá de Jiménez)

Penetramos en el desierto serpenteando por toda una serie de ondulantes planicies arenosas y cubiertas de negros matorrales con algún que otro cactus... La noche iba cerrándose en el cenit sin nubes, al tiempo que la línea del horizonte estaba iluminada por un claro resplandor. Después la luz del día acabó de extinguirse y las estrellas brotaron en la cúpula del cielo como si fueran cohetes.

Hacia medianoche descubrimos que el camino que íbamos siguiendo se perdía de pronto en una especie de maleza. Sin saber cómo, nos habíamos desviado del camino real. Los mulos estaban rendidos. No quedaba otro remedio que «acampar en seco».

Habíamos desenganchado los mulos, dádoles de comer, y estábamos encendiendo fuego cuando entre los chaparros de la espesura sonaron sigilosas pisadas.

—¿Quién vive? —gritó Antonio.

Se oyó un pequeño rumor de roces entre la maleza y luego una voz:

—¿De qué partido son? —preguntó ésta con tono titubeante.

—Maderistas —contestó Antonio—. ¡Vengan!

Dos vagas siluetas se materializaron silenciosamente en el borde de la claridad que despedía la hoguera. Eran dos peones, enseguida nos dimos cuenta, envueltos apretadamente en sus desgarradas mantas. Uno era un anciano rugoso y encor-

vado que llevaba alpargatas de hechura doméstica y cuyos pantalones colgaban en jirones sobre sus encogidas piernas. El otro era un joven muy alto e iba descalzo. Amigablemente, cálidos como la luz del sol, profundamente curiosos como chiquillos, se adelantaron hacia nosotros con la mano extendida. Se la estrechamos a cada uno sucesivamente, saludándolos con la complicada urbanidad de los mexicanos.

Al principio rehusaron cortésmente la invitación que les hicimos de cenar con nosotros; pero después de muchas instancias conseguimos que aceptaran unas cuantas tortillas mexicanas y chile. Resultaba grotesco y triste a la vez ver el hambre terrible que tenían y cómo se esforzaban por disimularla.

Después de cenar, y una vez que nos trajeron un cubo de agua movidos por un puro sentimiento de bondad, se quedaron un rato de pie junto a la hoguera fumando los cigarros que les dimos y tendiendo las manos hacia las llamas. Recuerdo cómo les caían los sarapes de los hombros, abiertos por delante para que el grato calor llegara a sus cuerpos enflaquecidos, y lo nudosas y viejas que eran las manos extendidas del anciano, y cómo el encendido resplandor hacía relucir la garganta del joven y descubría fulgores de bondad en sus grandes ojos... De pronto, me parecieron aquellos dos seres humanos como un símbolo de México: corteses, afables, pacientes, pobres, esclavizados desde hacía tanto tiempo, llenos de sueños, y ya vislumbrando su futura redención.

—Cuando vimos llegar su carromato —dijo el viejo sonriendo— se nos paralizó el corazón. Creíamos que eran ustedes soldados y que venían a llevarse nuestras últimas cabras. ¡Han venido tantos soldados en estos últimos tiempos, tantos!... En su mayoría son federales. Los maderistas no vienen, a no ser que estén hambrientos. ¡Pobres maderistas!

—¡Ay! —dijo el joven— Mi querido hermano murió en el combate de once días entablado en los alrededores de Torreón. Ya han muerto muchos miles de mexicanos y todavía han de caer más. Tres años son muchos años de guerra en un país. Muchos.

—¡Válgame Dios! —murmuró el anciano.

—Pero el día llegará... —dijo el joven.

—Dicen que los Estados Unidos —dijo el anciano con voz trémula— codician nuestro país, que después de todo los soldados gringos vendrán a llevarse mis cabras...

—Los norteamericanos ricos quieren robarnos —dijo el joven—. Y lo mismo quieren los mexicanos ricos.

El anciano se estremeció y acercó más su cuerpo agotado a la lumbre.

—Muchas veces me he preguntado —dijo suavemente— por qué los ricos, teniendo tanto, quieren más. Los pobres, en cambio, que no tienen nada, se conforman con bien poco. Sólo con unas cuantas cabras.

Su compadre alzó la barbilla como un noble, sonriendo dulcemente.

—Yo no he salido nunca de esta pequeña comarca —dijo—. Ni siquiera he ido a Jiménez. Sin embargo, me han dicho que hay muchas tierras ricas al Norte, al Sur y al Este. Pero ésta es mi tierra, y yo la quiero. Durante años y años, lo mismo mi abuelo y mi padre que yo, hemos visto a los ricos almacenar trigo y tenerlo en el puño cerrado delante de nuestra boca. Sólo la sangre los obligará a abrir la mano ante sus hermanos.

La hoguera se extinguió...

1914

LOS DERECHOS DE LAS NACIONES PEQUEÑAS¹

Había ido a que me visaran el pasaporte en el consulado búlgaro de Bucarest, cuando entró Frank para el mismo asunto. Enseguida me percaté de que era un norteamericano. Las sucesivas oleadas de la inmigración habían lavado su sangre; los hermanos Leyendecker habían influido en el corte de su nariz y de su quijada, y tanto en su aspecto como en su conducta había naturalidad y sencillez. Era rubio, joven, «irreprochable». Bajo la ropa inglesa de imitación de paño de lana que afectan los sastres rumanos, su cuerpo era el de un velocista universitario que todavía no se ha vuelto fofo: su constitución no poseía nada superfluo, al igual que la de un animal salvaje.

Con el mismo instinto de un animal, pues no era observador, olfateó en mí un compatriota, y dijo: «Hello», con la inflexión superior de un anglosajón que saluda a otro en presencia de personas extranjeras e inferiores. Era un muchacho comunicativo, y había permanecido demasiado tiempo fuera del país para mostrarse suspicaz con los norteamericanos. Si yo iba a tomar el tren de la una y treinta a Sofía, expresó, podríamos viajar juntos. Había estado trabajando para la Compañía Petrolera Rumano-Norteamericana –una subsi-

1- *The Rights of Small Nations.*

diaria de la Standard Oil durante dos años, en los campos petrolíferos rumanos cerca de Ploesti. Más tarde, cuando caminábamos juntos por la calle, me dijo que iba a Inglaterra para alistarse en el ejército y combatir.

—¿Para qué? —le dije con sorpresa.

—Bueno —dijo seriamente, mirándome con preocupación y sacudiendo la cabeza—, hay un montón de ingleses en Ploesti, y fueron ellos los que me hablaron de todo eso. No me importa, quizás es una tontería, como dice todo el mundo en nuestro campamento, pero no puedo evitarlo. Tengo que ir. Pienso que fue una cochinado el violar la neutralidad de Bélgica.

—¡La neutralidad de Bélgica! —dije asombrado ante las absurdas posibilidades de la naturaleza humana.

—Sí —continuó rápidamente—, me enfurece pensar en un pequeño país como Bélgica y un país grande y abusador como Alemania. ¡Es una maldita vergüenza! ¡Inglaterra está luchando por los derechos de las naciones pequeñas, y no comprendo cómo alguien que tenga coraje puede permanecer indiferente!

Algunas horas después lo vi en el andén de la estación, hablándole a una muchacha delgada y poco agraciada que tenía un vestido de algodón amarillo; la muchacha lloraba y se empolvaba la nariz simultáneamente. El rostro de él estaba sonrojado y ceñudo, y pronunciaba las palabras de la misma forma que lo hace un hombre enérgico cuando está bravo con su perro, su criado, o su esposa. La muchacha lloraba monótonamente; en ocasiones lo tocaba con un gesto tímido y anhelante, pero él rechazaba su mano.

Me divisó, y la abandonó con brusquedad; vino hacia mí con una expresión avergonzada. Evidentemente, estaba preocupado y exasperado.

—¡Me reuniré contigo tan pronto me libre de esta maldita mujer! —dijo con brutalidad masculina—. Nunca pueden dejar tranquilo a un hombre, ¿verdad?

Encendió un cigarro y regresó con fanfarronería a donde estaba ella; mantenía la vista clavada en las vías férreas y el pañuelo, en la boca, en un desesperado esfuerzo por contro-

larse. Tenía unas sandalias con tacones excesivamente altos, como las que usaban las prostitutas rumanas ese año, y llevaba una carterita de piel; todo su aspecto denotaba abandono. Sus jóvenes pechos eran planos, famélicos, y tenía el pelo ralo y sin brillo, enmarañado. Yo sabía que sólo una muchacha muy poco atractiva no podría abrirse paso en Bucarest, donde se jactan de tener más prostitutas por hombre que en cualquier otra ciudad del mundo.

Involuntariamente, los ojos de ella se clavaron en el rostro de él; ella comenzó a estremecerse. Frank, malhumorado, hundió las manos en los bolsillos, sacó un rollo de billetes, y separó dos. La muchacha se contrajo, palideció y se puso rígida; sus ojos flameaban. La mano de él extendida con el dinero era como un revólver cargado. Pero, de pronto, un tenue rubor le subió a las mejillas, como de dolor, agarró los billetes y estalló en un violento sollozo. Después de todo, tenía que vivir de algo.

Mi compatriota me lanzó una mirada desesperada, cómica, y la miró ceñudamente.

—¿Qué quieres? —gruñó en un áspero y desagra dable rumano— No te debo nada. ¿Por qué estás llorando a lágrima viva? Corre a casa ahora. Adiós.

Lo dio un torpe empujoncito. Ella dio dos o tres pasos y se detuvo, como si no tuviera fuerzas para moverse más. Y algún instinto, o algún recuerdo, le hizo vislumbrar algo. De pronto, puso las manos en los hombros de ella, y la besó en la boca.

—Adiós —dijo la muchacha entrecortadamente, y echó a correr.

Serpenteamos hacia el sur por la plana y calurosa llanura, dejando atrás maltrechas aldeas de chozas de barro con techos de paja sucia, deteniéndonos mucho tiempo en pequeñas estaciones donde campesinos dóciles y famélicos con ropas raídas de lino blanco observaban estúpidamente el tren

con la boca abierta. La rica y turbulenta blancura de Bucarest se desvaneció abruptamente en un mundo donde la gente se moría de hambre en la miseria más desesperante.

—No comprendo a las mujeres —expresó Frank—. No te puedes librar de ellas cuando ya la cosa se acabó. Estuve con esa muchacha durante unos nueve meses. Le di una buena casa donde vivir, mejor comida que la que ha tenido en toda su vida, y dinero ¡gastó casi ciento cincuenta dólares en vestidos, sombreros y sellos de correos! ¿Pero tú crees que siente alguna gratitud? De eso nada. Cuando me cansé de ella, se creyó que tenía una hipoteca sobre la casa; dijo que no iba a irse. Tuve que ponerla de patitas en la calle. Después, comenzó a escribirme cartas lacrimógenas, nada más que una treta para sacarme dinero. ¿Me engañó con eso? Por supuesto que no. ¡No soy tan fácil de engañar! Esta mañana me tropecé con ella cuando venía a coger el tren, y juro que no pude zafarme de esa falda durante todo el día. Lloro que te llora, ¡por Dios!

—¿Dónde la encontraste? —pregunté.

—¿A ella? Oh, simplemente la recogí en la calle, en Ploesti... ¡Por supuesto, nunca había estado con otro tipo! Eso es peligroso. —Me miró, y un vago desasosiego hizo que tuviera deseos de justificarse—. Tú sabes, allá en los campos petrolíferos todo el mundo tiene su propia casa. Y, por supuesto, tienes que comer, tener la ropa limpia y un lugar limpio para vivir. Por eso, todo el mundo consigue una muchacha para cocinar, lavar, atender la casa y vivir con uno. Es difícil conseguir una que te convenga del todo. He probado tres, y conozco tipos que han tenido seis u ocho; las cogen, las prueban y las botan.

—¿Sueldo? Pero si no les pagas nada. En primer lugar, viven contigo, ¿no es así? Y además, tienen casa y comida, y les compras ropas. Ni hablar de sueldo. Podrían largarse con el dinero. No, de esa forma haces que mantengan una buena conducta. Si no hacen lo que se les dice, dejas de comprarles ropa.

Quise saber si alguno de estos *ménages*² duraba.

2- Casa, hogar. En francés en el original.

—Bueno —dijo Frank—, ahí tienes a Jordan. Ha conseguido la casa más hermosa de nuestro campamento; tendrías que haberla visto. Pero, por supuesto, lleva una vida sumamente solitaria, porque sólo los solteros van a verle; a veces viene un hombre casado, pero nunca con su esposa. Jordan vive con una muchacha desde hace once años, una rumana igual que las nuestras, y, claro está, nadie mantiene relaciones con él. Es el tipo más inteligente de la compañía, pero no pueden ascenderlo mientras viva así. Aquí, un alto funcionario tiene que tener más o menos un roce social, ya sabes. Por lo cual lleva años mirando cómo hombres que no valen una cuarta parte de lo que vale él, le pasan por encima.

—¿Por qué no se casa con ella?

—¿Qué? —dijo Frank sorprendido— ¿Con esa clase de mujer? ¿Después que ha vivido con él todo ese tiempo? Nadie mantendría relaciones con ella. No es decente.

—¿Y a ti no te perjudica el vivir con mujeres?

—¡Oh, nosotros! No, eso es diferente. Todo el mundo piensa que eso es correcto, mientras no nos exhibamos con las muchachas en público. Ya sabes, somos jóvenes. Es solamente cuando tienes alrededor de treinta años que debes casarte. Yo tengo veinticinco.

—Entonces, dentro de cinco años...

Asintió con su rubia cabeza.

—Comenzaré a pensar en conseguir una esposa. Pero eso es puramente un negocio. No representa ninguna ventaja el casarse; por supuesto, un hombre verdadero tiene que tener una mujer de vez en cuando, lo sé, pero quiero decir que no hay ningún provecho en amarrarse, a menos que puedas sacar algo bueno de eso. Voy a conseguirme una mujer hermosa, que no haya tenido ningún tipo de escándalo, y que tenga una influencia social que me ayude en mi trabajo. Allá en el Sur hay cantidad de muchachas así. No necesito su dinero espero tener un sueldo muy bueno dentro de un par de años; y, además, si tu esposa tiene ingresos propios puede querer hacer lo que desee. ¿No crees?

—Pienso que es una miserable manera de ver las cosas —dije acaloradamente—. Si yo viviera con una muchacha, estuviéramos casados o no, la consideraría igual a mí, económicamente y en todos los demás aspectos —Frank se echó a reír—. Y en cuanto a tus planes de matrimonio, ¿cómo te puedes casar con alguien a quien no amas?

—¡Oh, el amor! —Frank se encogió de hombros con irritación, y miró por la ventanilla— Diablos, si vas a ponerte sentimental...

1915

LO QUE EL DEBER IMPONE¹

Venía de California en el Lucullus Limited que es, como usted sabe, la vanagloria de un gran sistema ferroviario, el juguete de una poderosa junta de directores... un tren que pierde una inmensa suma de dinero en cada viaje que hace. Porque proporciona todas las comodidades de un hotel y un club: barbería, baño, taquígrafa, limpieza con aspiradoras, periódicos gratis y también, té en el vagón-mirador. Alrededor de las cuatro y media todo un pelotón de camareros negros, majestuosos y engalanados, llevan a este vagón las tazas y teteras del ritual, y le piden a la atemorizada esposa de algún magnate ganadero que sirva la infusión a unos acompañantes que le son totalmente desconocidos. Entonces sobreviene una división de clases. La esposa del magnate ganadero emite un sobrecogedor «¿Cómo?» y escapa; su marido, que ha estado roncando en mangas de camisa, con los niños estirándole sus tirantes elásticos, se despierta, lucha frenéticamente por ponerse el saco y conduce su prole hacia el salón de fumar. Ya en ese momento los corteses camareros se dirigen a la presidenta del Club Femenino de Willow City, Wyoming, quien, nerviosa, se pone a la altura de las circunstancias. Lanzando su mirada al azar hacia el vaquero enfun-

1- *The Thing to Do.*

dado en unas ropas de confección, que está sentado en la esquina del coche, le grita: «¿Crema o limón?». En vano se esfuerza el hombre por hallar una respuesta; un intenso rubor cubre su frente cuando dice: «¡Creo que no quiero nada!». Con indignación, la gente educada, de modales refinados viene al rescate; resulta un placer observarlos poner en juego los elementos de su rito social con esa gracia ostentosa que es un reproche a los no iniciados. Unidos por el lazo de una civilización superior, los bebedores de té pronto se hallan conversando con tan poco esfuerzo o inteligencia como si estuviesen en las propias salas de sus casas y, a partir de ese momento, quedan bien delimitadas las clases, y nadie que haya suspendido la prueba puede asociarse a otro que no sea de su misma especie.

Fue en esta ocasión que me percaté de la presencia del inglés. Normalmente, pocos hombres corrían el riesgo de tomar el té, porque nosotros, los norteamericanos, somos una raza incivilizada que teme hacer el ridículo; mientras más se adentra uno en el Oeste, más tímida es la gente. No obstante, cuando los espantosos preliminares ya habían terminado esa tarde, y la esposa de un oficial retirado había asumido la responsabilidad, el inglés bajó la revista que estaba leyendo y miró con expresión aburrida y expectante. Se trataba de un joven pulcro, de tez agradable, bigote bien cuidado, ropas de exquisito corte y zapatos excesivamente grandes... típico, irreprochable, correcto.

La esposa del oficial le suplicó con los ojos.

—¿Uno o dos terrones? ¿Crema...?

Magnates ganaderos, grandes comerciantes de trigo, sus esposas, sus hijos, vaqueros, viajantes, concentraron sus miradas en el inglés, boquiabiertos, como para captar cada palabra. Sentían gran curiosidad por saber lo que un hombre debía responder en tales circunstancias.

—Gracias —contestó el inglés sin asomo de expresión en la voz ni en la cara—. Un terrón. Crema, por favor.

De los espectadores provino un rumor de alivio, de admiración: se resolvió. Unos pocos niños emitieron unas risitas nerviosas. Los comunes mortales comenzaron a sentirse de

más en aquel sitio, pero permanecieron allí para ver lo que hacía el inglés con su té cuando se lo sirvieran. Después de eso, se marcharon hacia el pasillo o rumbo a la plataforma de observación, dejando el sitio para los elegidos, quienes, gracias al ejemplo del inglés, ahora ascendían a ocho o más.

La esposa del oficial comentó posteriormente lo agradable que había sido el joven. Tengo la seguridad que él no tuvo la intención de ser agradable. No, había tomado su té porque esto formaba parte de la ley inmutable de su universo...

Luego de aquella oportunidad, lo vi algunas veces. Apenas hablaba con nadie... a diferencia de nosotros, parecía no necesitar compañía. No se trataba de que no supiera cómo hacerlo o de que se sintiera superior desde el punto de vista social: simplemente estaba satisfecho consigo mismo de una manera perfecta y cabal. Raras veces leía. No le hacía falta. Permanecía sentado durante horas en una silla del vagón para fumadores, exhalando el humo de una pipa... y meditando.

Cuando me cruzaba con él en el pasillo o caminando de un lado al otro en los andenes de las estaciones en que nos deteníamos un minuto, se quitaba la pipa de la boca, movía la cabeza en forma diagonal, esbozaba una sonrisa y profería un «Buenos días». Transcurridos dos o tres días, lo sorprendí conversando con la esposa del oficial, con quien podía hablar porque la había conocido socialmente.

—¿De qué habla? —le pregunté a ella con curiosidad.

—Oh, de criquet y de Suiza —exclamó ella, arrobada—. Una vez estuvo en Suiza. Pero lo que me gusta es oírlo pronunciar las palabras. Y él es un bálsamo. ¡Uno sabe exactamente lo que va a decir a continuación!

Me sorprendió que hablara de Suiza, ya que para un inglés no es de buen gusto mencionar los lugares en que ha estado. Ni la gente que conoce, ni algo que huela a teoría. En realidad, hay muy pocas cosas sobre las cuales un inglés educado pueda hablar con un extraño sin perder su dignidad, a excepción del estado del tiempo.

Pero en el vagón para fumadores, en especial en el que había en un tren como el Lucullus Limited, puede que un an-

glosajón se abandone alguna vez hasta el punto de expresar su opinión sobre temas que sólo él comprende. De ahí que, una noche, le hiciera unas cuantas preguntas acerca de la gran guerra europea en la que Inglaterra acababa de enfrascarse.

—¿Cuál es la causa de la guerra? —le pregunté.

Me examinó fríamente, como para medir mi *status* social.

—En realidad no tengo la menor idea —contestó al fin, con indiferencia.

Me aventuré a opinar que era la lucha entre los eslavos y los teutones por la supremacía en Europa. Movi6 la cabeza, al tiempo que sonreía.

—La guerra —explicó cortésmente— es entre Austria y Serbia.

—Pero era evidente que Rusia apoyaba a Serbia, y Alemania a Austria...

—Debido por completo al hecho de que algunas naciones europeas son lo suficientemente honorables como para cumplir sus promesas.

Analiqué sus palabras durante unos instantes. Tal vez éstas poseían una sutileza que yo no había captado.

—¿Y la actuación de Inglaterra con respecto a Bélgica?

—Se vio obligada a entrar en la contienda porque Alemania estaba amenazando a Francia con la invasión de Bélgica.

—E incidentalmente a la misma Inglaterra, ¿no?

—De ninguna manera —replicó él, y no dijo más.

Lo miré sorprendido.

—¡Pero a lo que me estoy refiriendo es a las causas fundamentales de la guerra!

—Fuera de lo que le he dicho, no hay ninguna otra —replicó plácidamente.

—Pero, ¿en qué se basó el tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica?

—¿Tratado? —exclamó él— Tonterías. No existe ningún tratado que garantice la neutralidad de Bélgica. Inglaterra no hace tratados. Ni siquiera un norteamericano es lo bastante crédulo como para pensar que haya otra cosa que no sean entendimientos secretos entre las grandes potencias europeas.

—Está bien —proferí con impaciencia—. Pero, ¿qué significan? ¿Qué es lo que hay en el fondo de todo esto?

—Política exterior —fue la notable respuesta del inglés—. No es mi materia. No tengo la menor idea. Son cuestiones teóricas...

Desdeñoso, miró pensativamente por la ventanilla.

—¿Pero no cree usted que hay posibilidad de que se produzcan levantamientos populares como resultado de esta guerra?

—Creo que no.

—Habiendo sectores obreros revolucionarios y antibelicistas tan fuertes, pienso que la prolongación de la guerra podría agotar su patriotismo.

—¿Un partido obrero en Europa?! —Era una pregunta tan llena de incredulidad, tan arrogante, que le respondí con bastante vehemencia.

—Incluso en Inglaterra. Ustedes no están exentos en modo alguno del temor a que tenga lugar una revolución en su país... ahora que Inglaterra se ha involucrado en una guerra ofensiva.

—Tonterías —replicó, con un tono cortante como el que se usa para reprender a un muchacho—. Evidentemente usted no conoce nada de mi país. Limite sus especulaciones al suyo.

—¿Recuerda la huelga del carbón y la de los ferrocarriles? —le pregunté— ¿Creo que ni siquiera un hombre que cursó la escuela pública² y se graduó en Oxford es tan obtuso como para negarse a reconocer las señales de los tiempos!

—¿En Cambridge! —contestó, inalterable— Da la casualidad que estuve de servicio en ambas huelgas.

—¿Policía? —le pregunté.

—No —respondió, con una mirada de reproche. No. Teniente del Ejército Territorial Británico,³ por supuesto.

—¿Y usted no vio cómo se sentían esos huelguistas?

3- *Public school*, en el original. En Inglaterra, las llamadas escuelas públicas son instituciones privadas, exclusivas y caras, como Eton o Rugby.

—No. No vi nada, salvo que nos superaban en número en proporción de cien a uno, y tenían miedo de pelear. Y, además, usted sabe que las revoluciones sólo ocurren cuando un pueblo está oprimido.

—¿Sí...? —manifesté.

—Y los trabajadores británicos no están oprimidos. Se les paga un jornal excelente para personas de su clase...

Y continuó aspirando plácida y regularmente, el humo de su pipa, representativa de su estirpe y condición social.

—¿Va usted —le pregunté, asaltado por una idea —, va usted, por casualidad, en estos momentos, de viaje hacia Inglaterra para incorporarse al ejército?

—Sí —respondió. Jamás me lo hubiera dicho espontáneamente, pero pude ver que no le desagradó que lo descubriera.

—¿Qué lo motiva a pelear? —le pregunté.

—¡¿Cómo?! —estaba realmente sorprendido.

—¿Por qué quiere combatir a los alemanes? ¿Es porque simpatiza con los franceses?

—¡Mire que preguntarle eso a un inglés! ¡Simpatía por los franceses! ¡Por Dios, no!

—Entonces, ¿por qué? ¿Odio a los alemanes?

—Desde luego que no. Me agradan mucho los alemanes. Peleo porque, bueno, porque provengo de una familia de militares.

Después de aquellas palabras, se cerró en un mutismo absoluto; no pude extraer de él más que bien articulados monosílabos durante el resto del viaje. Evidentemente consideraba que había excedido los límites del buen gusto al haber revelado tanto de sí mismo.

En cuanto a su opinión de mí, la esposa del oficial retirado me contó al día siguiente que le había preguntado si yo era un caballero⁴.

Y así nuestros caminos se separaron en Chicago, él, a buscar pasaje de regreso a Inglaterra. Ofrecía una magnífica

4- *Territorial Army*, en el original. El ejército que se ocupa de la defensa de las propias Islas Británicas y mantiene el orden interno.

estampa mientras caminaba a lo largo del andén: la crema y nata de la juventud viril inglesa, la quintaesencia de esa famosa clase gobernante que se ha convertido en el más grande imperio que el mundo haya visto jamás... sin la menor idea de lo que estaba haciendo. El joven marchaba hacia la gloria o la sepultura, sin temor; apuesto, imperturbable; ciento sesenta libras de huesos y músculos y sangre caballeresca, con el interior de la cabeza semejante a un recibidor de la era victoriana, todo fruslerías, muebles felpudos y persianas corridas. Y, de momento, se me ocurrió la culpable idea de que tal vez el espíritu que había conquistado la India era el mismo que atravesaría el fuego y la sangre para darse un baño helado por la mañana... porque así lo imponía el deber.

1916

5- *Gentleman*, en el original.